

Arte profética

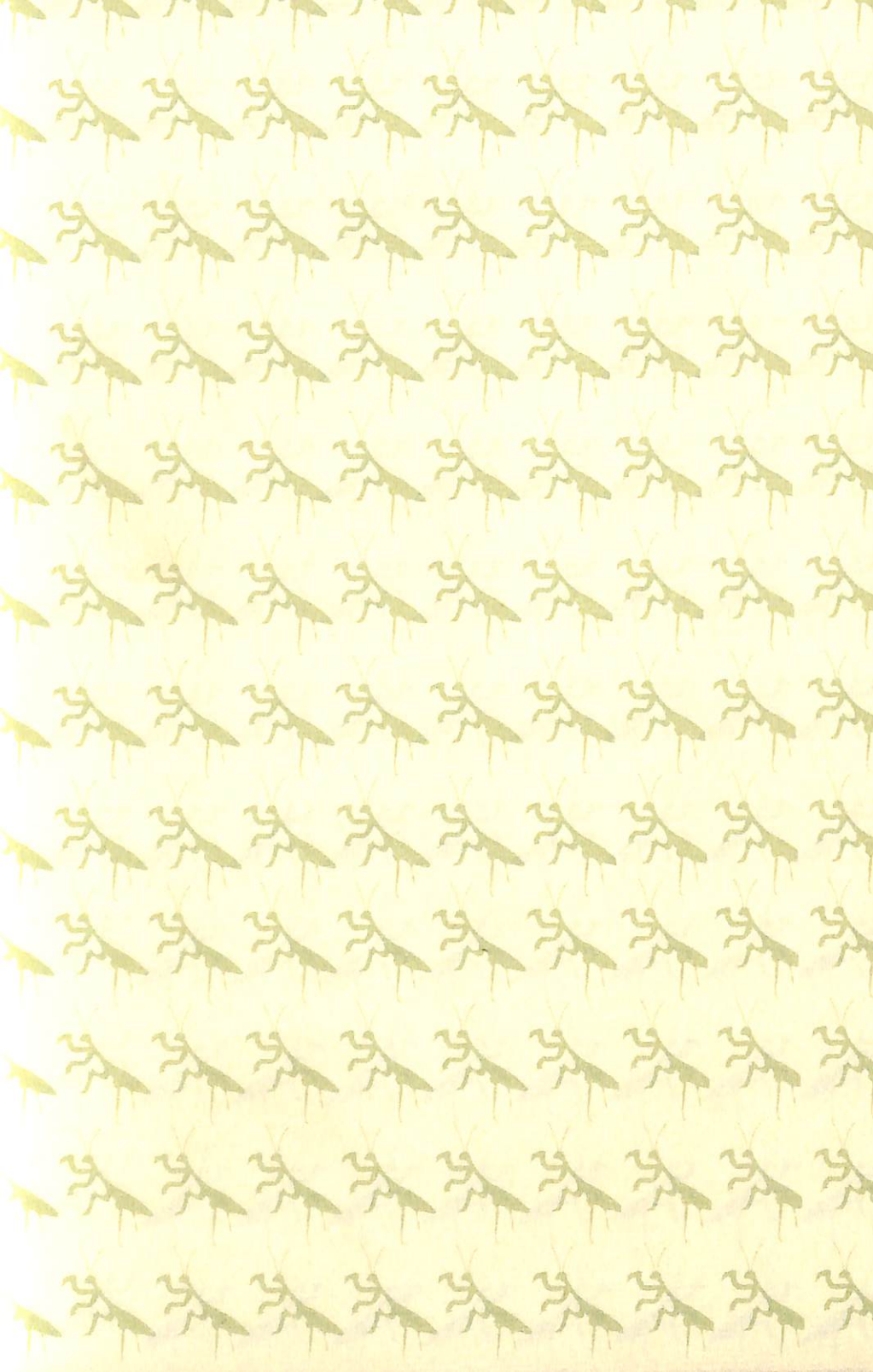
Antología personal (1980-2010)

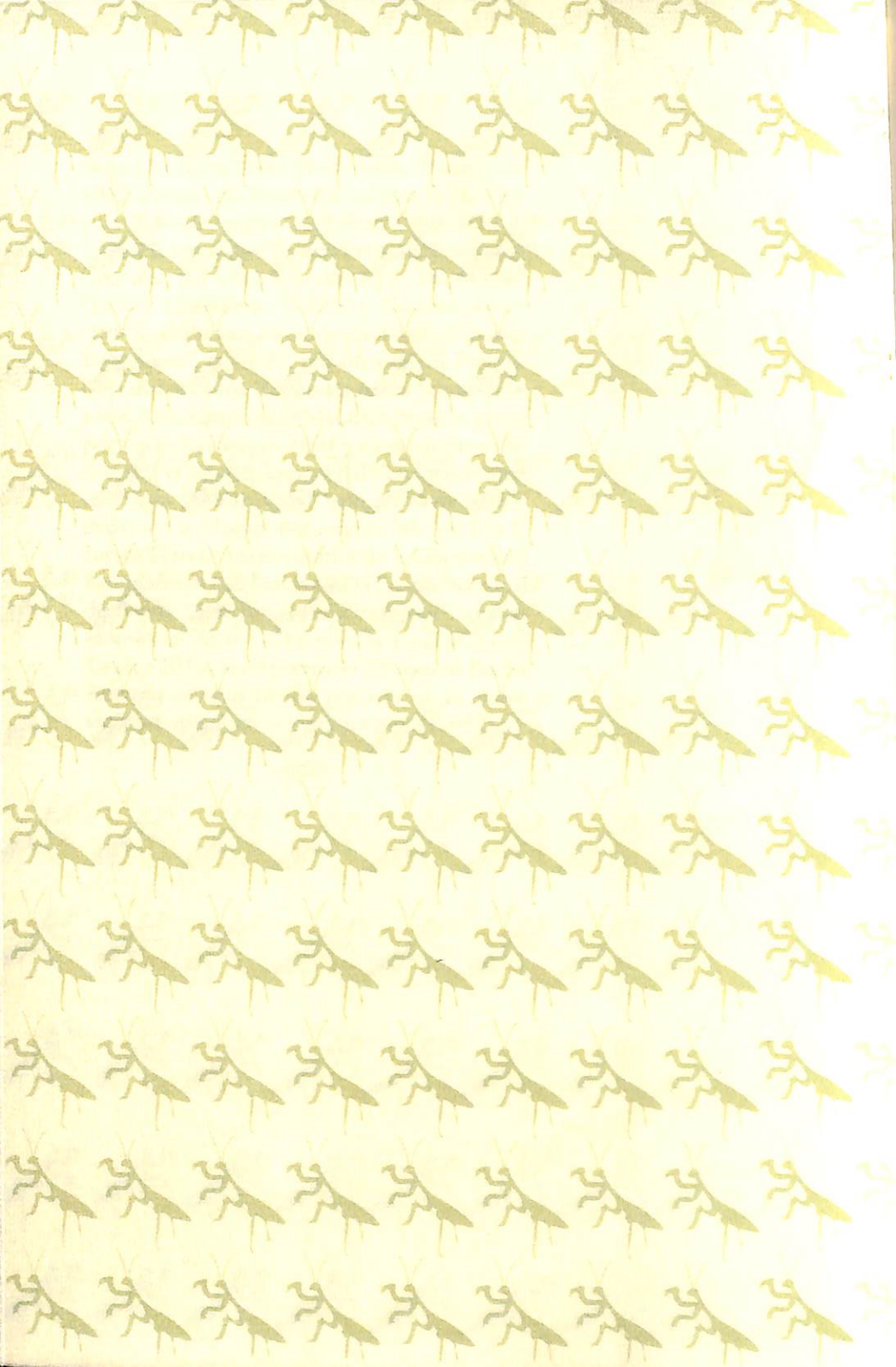


JORGE OCHOA

Jorge Ochoa nació en Hermosillo, Sonora, en 1962. Becario del Fondo Estatal para la Cultura y las Artes de Sonora (FECA) en 1996, 1997 y 1998. Ha obtenido el Premio Estatal de Poesía, del Concurso del Libro Sonorense, por *Duermevela* (1995), *Cantidario* (1996) y *Cuatrero amor* (1999); el Premio Nacional de Poesía "Abigael Bohórquez", en 1997, por *Monichi*; el Premio Nacional de Poesía "*Clemencia Isaura*", convocado por el Ayuntamiento de Mazatlán, Sinaloa, por el poemario *Totorotoş* en 2004, y en este mismo año consigue el segundo lugar del III Concurso Estatal de Poesía "Alonso Vidal", con *De cierto mayor*, dedicado a Abigael Bohórquez; en los XLVII Juegos Florales Universitarios de la Universidad Autónoma de San Luis Potosí, el Premio Nacional de Poesía "José Rosas Cancino", por *Los días inversos*, en 2008, y el Premio Nacional de Poesía Tijuana 2010, con el poemario *Tristionario Paicha*. Además de estos títulos es autor de *Yo quiero viajar al espacio*, cuaderno para niños (1989).









Arte profética
Antología personal (1980-2010)

INCADIR

DIRECTORIO
Ayuntamiento de Hermosillo
Administración 2012-2015

C.P. Alejandro López Caballero
Presidente Municipal

C.P. Jesús Villalobos García
Secretario del Ayuntamiento

C. Fernando Miranda Blanco
Síndico Municipal

Lic. Óscar Mayoral Peña
Director General
Instituto Municipal de Cultura, Arte y Turismo



Arte profética
Antología personal (1980-2010)

JORGE OCHOA



MANTIS EDITORES
LUIS ARMENTA MALPICA

IMCATUR
INSTITUTO MUNICIPAL DE CULTURA, ARTE Y TURISMO

D.R. © 2012. Jorge Ochoa

© MANTIS EDITORES – LUIS ARMENTA MALPICA

Marcelino García Barragán No. 1501, I-302

Col. Prados del Nilo, C.P. 45500

Tlaquepaque, Jalisco

Teléfono y fax: (5233) 3657 7864

Correo electrónico: mantiseditores@gmail.com

1a. edición, octubre de 2012

ISBN de la colección: 978-607-7943-30-3

ISBN 978-607-7943-52-5

D.R. © Instituto Municipal de Cultura, Arte y Turismo

Dr. Aguilar No. 33, Col. Centenario

Hermosillo, Sonora

C.P. 83260

Impreso y hecho en México

Printed and made in Mexico

JORGE OCHOA NO SE LLAMA ASÍ

*¡Con cuánta pureza llevaba el pedacito de biznaga
a la boca!*

J. O.

Eran aquellos días legendarios al pie del Cerro de la Campana. Largos de lengua y estentóreos, todavía inmortales, pegábamos una con otra las noches para que el sol no viera nuestro corazón en cueros. El Jorge aquel, ya poeta, ya ignorándolo, aparecía entre tanto destartalado, un poco como si estuviera recién salido de una simple gota de agua o de tierra regada, pero por completo ajeno a la genuina desfachatez de ser él mismo.

El cerro se metía al patio de las casas, ensombrecía los dormitorios, nos dictaba el ánimo. En la casa de la tía Nena no había cuadros colgados de las paredes, sino fantasmas, y un cobijo siempre de puertas abiertas. Aquí, entre presencias también de este mundo, el joven poeta, cuya infancia transcurrió al amparo de otro cerro, habría de mostrarnos sus primeros escritos.

Recuerdo haber leído algo que me confió entonces. Parecía un pollo de poema, un gorrioncito arrebatado del nido por una de esas pavorosas tormentas de verano tan nuestras. Casi lo oías piar. Yo leía conmovido y confiado. Pero el pájaro tenía colmillos.

Tres décadas después, ya quedó establecido que la poesía de Jorge Ochoa no tuvo infancia ni adolescencia. Simplemente brotó de la tierra ardida con la edad que tendrá para siempre.

ESTE HOY, ¿NO SE TE FIGURA PASADO MAÑANA?

Si infancia es destino y el entorno tiene que ver con el ser, y pudiéramos aplicar lo mismo para la poesía, la de Jorge Ochoa está marcada por los elementos que le rodearon en sus primeros años. Pero no por asimilación, sino porque la poesía era uno más de los habitantes que, ante la mirada del poeta, poblaban el solar: el zacate bronco, los quelites, la mosqueta, el terrón, la leña, el jeroglífico de las péchitas caídas, el humo, la Nina.

Un río interior de tierra bruta y agreste recorre desde siempre la poesía de Jorge Ochoa, baja de los cerros de su memoria y de sus cerros metafísicos con un estruendo solo perceptible en el fragor de la mirada del poeta; letras de tierra fluida que al ir corriente abajo dando tumbos, embravecidas, entrechocan y van formando la palabra en la que no cabe el amor, la uva que retrata la luz, el sustantivo que huele a torote o petróleo, el nombre de mujer que llamará de muchas formas, pero solo será Alma.

En la voz de nuestro poeta, ninguna palabra, ninguna estructura, ninguna técnica constituyen un recurso deliberado, porque Jorge Ochoa no escribe tal y como percibimos este verbo, sino que retransmite lo que captan las antenas de su corazón con una literalidad de telegrafista. En estricto sentido, no perpetra el poema ni surge este como producto de la inspiración, cualquier cosa que sea lo que esto signifique. Tampoco corta palabras del árbol para adornar la página ni para impresionar a nadie. En resumidas cuentas: no es sabio del corazón para que lo sepamos.

Su empeño mayúsculo como escritor consiste en agarrarse a trompadas con las palabras, *esas perras negras* (Cortázar *dixit*), para lograr que aúllen con fidelidad los sentimientos que él escucha, observa, palpa, olfatea.

Porque él sabe que las palabras que mueven obsequiosas la cola, luego van y susurran al oído del lector lo que este quiera escuchar. Si por él fuera, agregaría palabras a la palabra, hasta lograr una especie de foto instantánea de lo que percibe. Ante tamaña complicación, muchas veces saca a la palabra de su zona de confort y la trasplanta precisamente ahí donde a él se le pega la gana. La sintaxis, claro, gime y se desmaya, y al hipérbaton se le dibuja una sonrisita más bien idiota.

Otras veces, de plano, nomás se inventa la palabra que necesita, la concreta con su buena letra y sigue de amanuense tan campante como siempre.

Más de tres décadas suma el poeta Jorge Ochoa escribiendo: treinta y dos años de una poesía adulta, eterna, pero que sabe jugar con *totorotos* y *tramitos de triplay*; treinta y dos años de una poesía continua como una flecha interminable y tan ella misma, tan única, que usted podrá no saber si la luna es de queso, pero siempre sabrá que es un Jorge Ochoa lo que está leyendo.

Y SOY TAMBIÉN LO QUE NO SOY

Pero, algunas ocasiones, me abruma la imposible certeza de que Jorge Ochoa no se llama así, que su nombre conocido es un truco que ha montado para

no tener que dar explicaciones, y que en realidad él se llama como los vecinos de su poesía en aquel solar original: Porogüi, Ubari, Centella, Correhuela, Chonte, Batamote...

¿Será porque su nombre griego significa "El que trabaja la tierra"?

Carlos Licón
Primavera, 2012

A MANERA DE PRÓLOGO Y DEDICATORIA

Mi primer libro fue el suelo, mi primer tumbo fue en la alarma vespertina y luzbética de los remolinos y, por su claridad sesgadora, el primer día difícil de creer, cayó en los arrollos sedientos y sin nada que arrollar, salvo las desangeladas calabazas de un verde oblicuo y una flor esfumosa. El primer beso que vi fue entre un par de maestros que padecían verdad. Los primeros aromas compuestos fueron los cloros en los lavaderos que veía correr ya como líquidos liquidados en purpurada burbujería, y por supuesto también la levadura elevada en las fragancias de las harinas horneadas.

Mi ingenuidad no titubeó jamás. Siempre mostré mis renglones minerales. Los amores de fricción, su reincidencia, sus prodigios o basamentos que vinieron a revolcarse en mí desde los primeros poemas con una leal imprudencia de chacotear al filo de cualquier hora, no dejaron nunca de apostarse en la estricta gana explosiva del desangre o delicia; ya por el setenta y ocho, setenta y nueve, mis amigos le tomaban a las letras la cola y, por ende, me uniformé con ellos en el atropello chamaco de tumbarlas por ahí. Mario Alberto, Carlos Alberto y Luis Rey fueron mis primeros testigos, cómplices y maestros; la cosa es que la baquetonada desde allí me surgió; por eso yo digo que soy el diablo, un diablo más o menos buenón.

Mi independencia tardó lo que tardan todas, y esta llegó cuando por entero supe que tanto las muchachas, como las letras o los conceptos, son y deben por siempre ser *terrenales*. Y qué bueno que el trance lo aprehendí

así, porque en esto de transitar honrando la vida, tanto las letras de las músicas que me hicieron, como las venas de mis amigos, me enseñaron la valía del cobre y que todos, absolutamente todos, sufrimos sin rachas y somos iguales.

 Mi muerte, como los poemas, surgirá de la tierra para tomarme del cuello y zambullirme en ella. Benditas suertes las mías. Por eso, esta antología de una simple salsa profética que adelante se muestra, va destinada, hasta que se me esfume el nombre, a besar a mi amá, mi Nina María, y un poquito a mi hermano Rodolfo.

 Elevado sea el amor por sí, como lo que de él escurre, y porque no tendrá jamás un tope. Gracias al suelo por el soporte. Yo, como de cobre estoy hecho, no tengo nada más que enseñar.

El autor



En consecuencia, se debe considerar que el presente informe
no es un documento oficial de la institución, sino un documento
de carácter informativo y de carácter interno, y que
debe ser tratado como tal, y no como un documento
de carácter oficial.

En consecuencia, se debe considerar que el presente informe
no es un documento oficial de la institución, sino un documento
de carácter informativo y de carácter interno, y que
debe ser tratado como tal, y no como un documento
de carácter oficial.

En consecuencia, se debe considerar que el presente informe
no es un documento oficial de la institución, sino un documento
de carácter informativo y de carácter interno, y que
debe ser tratado como tal, y no como un documento
de carácter oficial.

*Por supuesto, también: al tramposo
crucificado en aceptar los designios del alba.
Al convencido de honrar la existencia andando.
Al ya despedazado
y al aún convaleciente mordido del desamor.*

A los otros, enérgicamente, no.

Jorge Ochoa

EN VERDAD,
esta soledad que adoro no me embebe, cierto,
pero de ella logro estos ojos
que van sangrando los objetos,
esta alegría nada rumorosa e imbatible,
un destiempo que late,
un destiempo que muere, revive y se embellece,
porque vuelve ya salvado
trayéndote consigo, y de toda esa belleza inconcebible
surge también en mí un pavor incontrolable
por entender que eso luego irá desdibujándose
y sabiéndote quizá no volver a tornar.
Pero antes, tú, allí
y en todos los mundos, eres mi integridad,
mi simple comunión con los techos y los patios,
mi vergüenza compuesta,
el agua llorando bajo higos y mangos,
la sabiduría en ojos sin luz
en este corazón que ni siquiera da pena,
la emboscada de besos que después habrán de matarme
y que refrescaré, incendiado,
en los dos primeros segundos en que vaya muriendo.
Luego, vuelto a los aromas terrestres,
vuelvo a preguntarme,
¿cuánta belleza de vida de las manos
se me estará yendo?
¡Qué noble la soledad!

¡Cuánta luna y amapa por mis ojos deslizándose!

Mezcla peligrosa
el suponer para mí una réplica femenina
muy parecida al delirio y los maullidos.

Soy una veta más anunciándose en el despeñadero
de una noche amorosa que ha decidido nacerte.
Soy únicamente el llanto potable de un ciego
desgargantándose de amor
por el olor impreciso de una hembra salina.
Junto todas las nociones del amor con un ansia bravía
para arribar con los ojos emocionados
donde, con el dominio tierno y apenas carnoso,
viste por primera vez la luz
cuando vino contigo a pasear por la tierra
un ganchito de brizna marina
algo derramada y genial. Pequeña tú,
naciente vanguardia de lúcido amor
que habría luego de volverse enormísima.
Y ya mortal y gigante,
tú tendrás que llorar ahora, apenas jovencita,
el infortunio de amor, de ruina, de sin lugar alguno,
que habrá de sucederle a todas las muchachas
de todas las naciones en sus cuartos y en sus camas
...pobres.

No hables, mandante,
a esta alianza de tropas que hierven
y te luchan, te pelean,
te arrebatan con ternura condenada.

El terror no lleva música.
El terror es todo lo sin ti;
la espuma con sangre y espejos y cepillos
y aretes y tú, besada no sé dónde,
y toda tú, Capitana, ya no mía.

Por eso el tiempo no se ordena.
Por eso te requiero aun muerta, y muerto.
Mi cerebro es noble conmigo,
pero mi corazón real te adora y te repudia.
No quiero sentirme culpable por recorrer el mundo
a verduras y a Girondo: perdón
si me baño llorando,
si lavo llorando, si los verbos son gerundios llorando.
Te pienso y te exijo como a un pueblo.
Y coronado de obediencia,
sin ti se me mueren los platos, los viñedos,
la sangre, las sendas, los ojos, la fortuna, las batallas,
los putos pajaritos.

No sirve de nada esta casa limpia.
No sirve de nada si el trabajo es tanto.
No quiero ni a Neruda ni a Vallejo ni a Girondo.

Otra canción: comprobación de gastos,
el recoger hoja firmada de Claudia Pérez.

Escribir.

Sellar reporte de Juana María:

que se llame Jeannete, con doble ene, la muchacha.

Pedir la guillotina, encuadernar hemerográficos.

Quererte así, con esta desazón gloriada

porque algún cabrón te gime:

se equivocó la paloma, se equivocaba.

Y las manijas también,

la energía, argollas, bodegas, sastres, calosfríos, tufos,

navíos en la orina y mapas en la estufa

o querer grabar al Che'f con Floralía.

Pero en esta madrugada tormentosa

picada de catástrofes,

sé que es endulzante la existencia

si te consigo de las cosas porque estás aquí,

en el racimo de los peces batallando,

en las fofas ciruelas pechugonas

y el silbido de los trenes.

Te obtengo, aunque lo ignores, lo he dicho,

de todos los objetos.

Aquí, acá.

Te desnudo, te triunfo, te rompo con delicia

y soy felicidad, locura,

porque este corazón ahora vive demasiándote.

Y embellecido de tristeza caníbal, te desata y procura.

¡Qué horror gratificante!
¡Que imprecisa nostalgia, qué llanto es este, qué golpiza!

Las cosas todas rezuman gritos no gargantes
y tengo tanto miedo
de morir íntimamente ahora.

A mira tenaz debemos contar lo que podamos
y que se acabe esto:
empezar desde muy lejos,
desde un botellón de talco rompiendo un dedo
y pasar por la vida de mi pobre perro hermano
que de chico vendía mazapán y salvavidas,
hasta lograr llorar con crayolas en las manos
el olvido borracho de los olvidados y la ruina genuina,
la tuya, la sin par, la mía.
Poder pararnos ya en cualquier lado.
En el mundo mismo,
a un costado de las costillas de Vallejo,
ese señor que no es verdad que yo no quiero.
Iluminarnos en el silencio de visiones gélidas,
de pechos y pezones un poco malditos,
con su tintineante sonido de conchas
o caballos venidos de ultramar, de esa lozana violencia,
para que entonces vengas con tus brazos de bronce
a pelear sobre mi corazón propio,
abultado, incendiante y diverso.

Manijas pulposas han despertado en mí
la irreal locomotora del sereno que todo lo empapa
de jugo verde y aroma de naranjas partidas;
tiempos jabonosos que jugaron en mí.
Por eso, siquiera una vez, déjame nacer en tus manos
que me amuchachan y me excesivan
como una inmensa parvada de pájaros,
como un febrero nocturno de remolinear chamizo,
como un olvidar y empezarte de nuevo.

Déjame inocentrarme los dedos
con crema de cacahuete
para salvar en tu frente
el erguirse de caballos y de hospitales;
ajúgame nuevamente los ojos
para sentir cómo se desbaratan las nubes
e invéntame lujurioso
en un campo de nueces y muéleme a besos.
Empúmame de fiesta jauría
para abolir minuciosamente tanto minuto rastrero
que me ha mostrado sus fauces
empuñando la gloria bruna y molusca
de la muerte ruinosa.
Reduce mis ojos a sábanas planchadas,
mi cabello a arena alborotada.
La costumbre de vivírmelo todo,
mi boca leporina en besos al aire.

Reviéntame la carne
contrariando un festín de pobres y tristes
que por lluvias de hembras y trituras el tiempo debaten,
y que yo, iluso de cielo,
ambas cabelleras sangrantes sin remedio cato.

Confúndeme la vista con un viejo arenal.

Levanta borbotones
desrojados, desverdosos, devorantes de mis ropas,
crispándolo todo en terribles oleajes.
Piénsame donde nadie asestó.

Acúsame la extremada blandura de la devoción
por cocinas y cavas.
Oscuréceme los burbujeantes vinos:
disturbios erizados del amor
que el zumbiar marino humildemente aleja.
Insúltame el sudor y la fiebre reverberante del licor
y acátame solamente de mar a hombre.
Ensangréntame el furioso mediodía
con los jardines inmortales del desorden y el desprecio,
pero déjame penetrar el tuétano flotante
de tus astillas femeninas tan.

Esta quietud insatisfecha se agolpa, hay que decirlo,
en miedo desafiante,

porque no creo más que exista desorden necesario,
si este deseo se acompasa pendularmente
entre la holgura refrescante de los sueños
y súplicas jadeantes;
súplicas menos tormentosas que la verdad
de un placer muerto,
pero algo más inocentes y profundas
que el pensamiento absoluto y general, último
del treceaño ahogado.

Por eso pido tu boca
que se me trunca en el pecho como un castigo de amor
llevando su llamado azul de abejas y campanas.
Y pido, déjame entrar dos veces
a esa mentira que me halaga
para incendiar a besos la cabellera inspiradora
y acallar las cataratas retumbantes que me ajan
y que mis tontas camisas presumen y se beben.

Déjame en la boca la savia femenina de las brujas
aunque después, desbaratado el tiempo,
tuviera que aguantar tanta alegría titilante
o con los ojos apenas encendidos gritarte manoteando.
Y déjame llegar lenificado
a la bonanza de las cosas,
al texto proverbial severamente simple.

Hazme entender el poder infinito
del río de sangre dulce y magenta del oboe
o considera un tanto al que prefiere mentir toda la vida
para inventarse un corazón siquiera,
un corazón, quiero decir, humano y todo.

Alegréame esta muerte pajarera que me zumba
en los tobillos,
o haz seguir a los perros que gobiernan
a niños de grandes edades
con paladas y puños de clavelitos pintos.
Y solo entonces, tú y yo,
podremos ser astrosos, podremos ser distintos,
aturdidos de agradecimiento puro y tu sonrisa pecosa.

Apichona este barullito de corazón. Aliméntalo
de semillas girasol y piensa, en todo caso, si lo besas
en barcos destartalados o pericos,
que, por parte mía, el tuyo he atesorado en la memoria
y que, a cada mañanita bailarina de carey,
lo pretendo como un pan.

Desángrame, borbotón a borbotón,
hasta que amaine en los patios y valles,
y nuevamente redúceme a monarca o príncipe
para que el mundo me esclavice en pago
y me rompa y me humille y latiguee.

Métete en mis sueños a navajear los colores
enlutándolo todo
para ya no tener más relojes, ni lunes ni febreros.
Y si no te basta ahora lo que en vida o muerte soy,
déjame aquí definitivamente sin beso alguno
o reverdéceme entonces y ármame
hasta florecer en los patios y valles,
porque como una estocada hiciste nacer tú
en mí la poesía bramante;
lo demás, lo sabemos los dos, es escritura pura,
y hazme dármete ahí en un poema nutrido
de viveros, trascabos, cribas y abejorros,
aunque el cielo desabridamente sea el Norte, el Sur,
la traición y lo bueno, la frontera y la balada,
aquel sexo de mujer, la bonanza
y luego...
espuma.

SEA QUE ES AQUÍ

la embadurnada del barbero,
el quedar como colita de pescado
para ir a zambullir al nene en el bautismo.
Acá donde la baba incurable
del pensionista adrede
habituada a humedecerle el pan al viejo,
se inflama como esas lunas por octubre
en las casas de servicio
que tienen todo lo que sea dulce
para darle contra a la amargura en huesos.

Aquí,
en esta ciudad que puede ser cualquiera,
existen,
y un poco en otro mundo,
los poetas de ballet con nariz ganchuda
que se tragan el amor y el orín de pajaritos,
los muchachos que no admiten al de allá
porque de no ser como uno,
más vale el exterminio,
y todo porque en sus cabecitas buenas
se les ha metido
que hay que combatir gasolineras y extranjeros,
que hay que andar un poco sucios
para aclarar ideas,
que hay que leer a Shakespeare

pero no cargar jamás con una rosa lila,
porque esas cosas son pa' esnobistas y pa' putos.

Aquí,
donde en una voltereta de hermosura fanfarrona
tuvimos —como se debieran obtener los hospitales—
la luminosa estupidez
del deportista en los estadios,
la postura fina del dueño del casino,
el primer atropellado,
el aroma lindo de frambuesa del comercio,
y la policía bien equipada de repente,
y todo,
solamente,
para que pudiera existir sin contratiempos
y pueda clavarse en toda hermosa paz social,
el diente del maldito y del caballo.

Aquí, mucho antes de que pudiéramos mascar
la calabaza y el garbanzo,
ya nos habían tapado los oídos
con los chicles que tira el señor cura,
y si en el cielo existe así la vida, pero eterna,
es preferible, por el bien de la luz y de los montes,
hacerlos mejor
para morirse dignamente
entre todo aquel que tuvo oído limpio.

Aquí,
ahora que existe
un misterioso sentimiento porque va a llover
y la madre cascarrabias
anda por ahí también, sabiendo
que va a llover y hay que admitirlo, y
que además
a este tiempo no se le escapa nada y nadie;
no ha de haber refugio para ninguno
en que pueda bien salvarse: nadie,
ni siquiera esas hembras bien vestidas
saliendo de la casa de Dios padre
mientras sus hijos abrevan el saber
en cafeterías o en bibliotecas estatales;
ni siquiera aquellos
que andarán paseando su creída inmunidad
frente a los besos y a los dedos de los muchachos,
frente a los que alguna vez creímos tener
por noción fundamental
que toda Idea ajena a la Idea de poseer
no es válida,
frente al perfil callado y acusante del borracho.
Ni a esos gigantes que se van girando
como besos primerizos,
ni a este bigotón, ni a ella,
ni a aquel salvadoreño que se vino de (su) guerra
y hoy no sabe lo que es aquí ni lo que es nadie;

ni a Neruda que andará dentro de otro
coleccionando conchas o limpiando huesos.

Aquí, Mínima mía,
donde la tortura está a la vuelta de la esquina
y preferimos pelearnos por la novia del vecino
o discutimos hasta el grito y el cansancio
porque yo hago más que tú y tú haces menos,
que yo puedo con esto y contra aquellos.
Y nos emborrachamos porque a ese yo
lo tambalea la cintura hermosa
de alguna pequeñita
que nos pone en la cara
nuestra misma desvergüenza
como aquellos que empezaron a ser vidrios
por las bardas
y después se encontraron en cantinas
amando mal a putas como en Hollywood,
y (porque hermosos, fríos y machos)
se dejaron vencer desde el principio
por mera delicia de cabrones
y ahora andan por ahí difamando con el golpe
la cultura de la rata envilecida
que plácidamente y sin barullo les gobierna.

Aquí, Mínima mía,
rájanos de frente todos tus espejos

a los que andamos soñando por lo menos
en cortarle a esa muchachita
las puntitas malas del cabello,
al cura que se frota la bragueta
frente a la niña del vestido blanco,
a quien toca la nariz
temblando en plena confesión carnal.

Aquí solo se trae la paz
y la guerra en la garganta,
las ganas de existir para la casa,
el miércoles y el suéter,
antes que desmenuzar el verbo y los quehaceres
o transformar la justicia del proyecto
en fruta o en verdura.

Por eso,
déjanos, Mínima, que contigo y en ti
revisemos el cloqueo,
la rasquerita esa que nos entra en la oreja,
el sorbidito del moco y el dolor del brazo,
la sonrisa del niño que apenas deletrea,
las cuchilladas,
las muecas de ladridos en las cosas,
el semen de los demonios
puesto en una boca morena,
el cristal de la locura de la magia negra,
el grito piadoso de un corazón

cernido en las paredes,
el buitre, la mosca, los licores,
los grandes campos sin honguitos,
el perdón de nadie, el vino,
los dedos cautelosos, el perfume verde,
la sonrisa sin sonido,
el sin querer,
la simple duda de un lago por la noche,
los dedos que se clavan en el pelo,
las culebras que se ahogan en miles,
el hervor de macho,
las brasas, el poder y el diente,
los azúcares y los corazones,
mis pretextos preferidos.

Déjanos mirar, Mínima,
en tus texturas y tus cúpulas,
las cositas que se ponen las abuelas
en los dedos para coser,
la palabra *bélico*,
el cabello derramado,
un blusón que sienta mal en el idiota,
el volar,
el aroma a fruta,
el miedo, las veces, los muchachitos, lo bueno,
los relojes, la sensibilidad,
los cariños y el reproche, el arañar quedito,

el no saber decir,
la espuma que viste a qué.

Mirar en tus ojos de vidrio
el dolor delgado que no existe,
al atolondrado, la cara de, la poca astucia,
el artista y el payaso,
el enojo de Rodolfo,
que el cultivo, que la ciudad,
que la zidiosincrasia?,
el besar despacito, la cara muerta, el panal
(el ahuyentar el querer tanto);
la gotita de pintura,
los doce minutos para algo,
la pared, el Norte,
la forma, los restos de pan blanco, la ceniza,
el quedarse con las ganas de cantar bonito,
el provecho,
el pelo rizado, las fichas,
el cigarro mentolado, el vientre.

Saber que fuera de tanto rock o grosería
están las cosas,
los grillos,
el votar en la cama, la ortografía,
el no entender, la escalera, el camino.

Saber, Mínima mía,
que dentro de tu piel está el preso,
el cielo envenenado,
el vacío, el siempre,
el la la la,
la enredadera cruzándose, el cerco,
las tiendas,
el alfiler, el visionario y la migaja.

Saber, Mínima mía, que no todo es tan barato
como el aplauso y la embadurnada del barbero.

DE UN HUERTO EXANGÜE

y vendido
brotan los recuerdos
del tío Gerardo,
del triciclo rojo,
de un día de no asistir
a clases
para fumar palillos y
comer naranjas con sal
y Rosa Isela.

Todo fue de los ocho
a los nueve y todavía
no claudico
en querer devorar
las complicadas granadas.
Todo esto fue
antes de la muerte del tío Gerardo
que una vez me regaló naranjas
y dos o diez
palabras.

COMO LA VOCACIÓN GATUNA del vagabundo aireado,
se acerca, vercosa,
la rotunda primavera pajareando,
perfumando los rincones polvosos,
los patios, los columpios,
y yo, versante matinal,
la recibo en el pecho
como una procesión profundamente hermosa,
y beso el viento, el viernes, el guayacán,
la algarabía callada de las rosas. Y aquí, dentro,
se arremolina un complacimento frenético, imponente,
por tocar la existencia desmelenada de las cosas.
Agradezco entonces
todos los sabores y el aroma, las palapas,
las plantitas de Estrellita Venus,
el piar ensordecedor de los orioles,
los troncos incluso calcinados,
los Vallejos, abejorros y campanas.

No existe aquí urgencia o desamparo,
pues la errancia perpetua de la primavera
encendió ya los naranjales,
la espesa verdura de las parras,
y en esa eterna vigilancia,
en esos vidriosos jirones de luz,
todo se vuelve —cómo decir— palomas y ventanas.
En ellas,

y embebido en esa suerte azulosa,
el corazón pasmado de calmoso encantamiento
se vuelve jarra con agua,
y yo, versante matinal,
una hoja caída de guayaba temprana.

Busco en eso, y entre los disturbios del hombre,
una palabra profunda
para convidar a regresar
a este desorden verde de paz y primavera,
para que aflore en los pechos todos
algo de niños contentos y trigales,
algo de linternas bonachonas y limones.

En correspondencia con una furia galante,
pienso a un tiempo
en porteñas tabernas tolerables,
en la insurgencia festiva y verde de lo verde
y su herramienta,
y en donde pastan los ganados
y enmielecen las abejas;
junto luego esas estancias
floralmente proverbiales
para alegrar entonces
los ojos del desencantado bebedor.

Imagino dos ejércitos y una estúpida arrogancia.

Así, el desasosiego hambriento
y soberbio de la primavera
se traga toda ceremonia maldita,
y alza la luminosidad luciérnaga,
el canto iluso de la rana,
la inmensidad de los cafetos
y lluvias mansas en cañadas,
y la sombra abundosa del nopal y del capiro.
Por eso,
como todo lo bendice el amor y la savia nocturnal
de la fiebre y de los hechizos
de un poblado de juncos,
yo, versante matinal,
arrebato lo agrio del tropiezo y la malicia
y lo condeno, por el tiempo
que ni el tiempo impide,
a llevar la elegancia frutal
de la primavera y el estruendo silente del recato.

Monichi



*¡TAN-TAN! ¿Quién es? Es el Diablo,
es una esesa fatiga,
un ansia de trasponer estas lindes enemigas,
este morir incesante,
tenaz, esta muerte viva...*

José Gorostiza

THE UNIVERSITY OF CHICAGO
LIBRARY

THE UNIVERSITY OF CHICAGO
LIBRARY
1215 EAST 58TH STREET
CHICAGO, ILLINOIS 60637
TEL: 773-936-3200

THE UNIVERSITY OF CHICAGO
LIBRARY
1215 EAST 58TH STREET
CHICAGO, ILLINOIS 60637
TEL: 773-936-3200

THE UNIVERSITY OF CHICAGO
LIBRARY
1215 EAST 58TH STREET
CHICAGO, ILLINOIS 60637
TEL: 773-936-3200

THE UNIVERSITY OF CHICAGO
LIBRARY
1215 EAST 58TH STREET
CHICAGO, ILLINOIS 60637
TEL: 773-936-3200

Yo digo que soy el diablo
porque nací
pobre de ropas como casi todo el pueblo,
pero nací
entre las chácharas de la tenebra,
enamorado de las campiñas,
el buffel del monte,
los tabachines del necio,
los tractores oxidados,
los huertos de noche,
el amor que se toca y su sombra.

No nací, sin embargo, bajo ese linaje
que ocupa harto espacio hediondo a
murciélagos muertos, donde se descamina
con cierto poderío de dientes
y con el supuesto desparpajo
del tracamandanga y el mamarracho:
mi sangre se hizo con la lumbrera tiznosa
de las lámparas de petróleo;
mi alegría, con la llegada desde muy lejos
de mi hermano mayor y los besos sencillos
de mi noviecita María Manuela
sobre las tumbas secundariales
—y esa cosa que se me entrapa aquí,
muy parecida al amor—,
con el ruido lejano de los carros pesados

y las marchas mexicas encubriendo
húngaros con el cine ambulante.

Yo digo que soy el diablo
porque toda esta pepena
de oscilantes contradicciones
me resulta un tortuoso enjambre de sapos,
aun sabiendo que llevo
la alegría confundida con la tristeza
porque siempre las propuse como un mismo pan,
y que hasta la boñiga,
el olor del café y el torote
me repican el alma,
porque eso lo aprendí de la gente
que nació como yo, tú:
la gente hormiguita que tortura de amor
y baja los ojos
cuando escucha y sonríe orgullosa.

No vengo de todas partes,
pero sí de donde las lágrimas
saben a brizna y a noria.

Yo vengo de donde se levanta un vaho dominical
escortado por la imbatible penuria
que se cuela por las ventanas
a los cuartos de las tías y las costuras

y de patios tupidos por todas partes con botes
chorreando flores de *amor de un rato*
que engalanan, a su manera,
a un perro peludo, a una prima trigueña,
un triciclo, un regadío y a un gato.

Mi padre, creo yo,
es el marrullero demonio y burlador de linderos
fingiendo un traje de torbellino
a la hora en que se desploman las parras
y se desmoronan los berros, por el quiqui
vaporizante y cuarenteno de la canícula.

Así, una vez conocida la dicha
y luego el alba vilipendiada,
mi vida de cirios trémulos
y azufrados aires malvos
se ha estado viniendo a esta ciénaga
colmada de sombras brumosas,
tuceros de sangre
y chupaflores malignos que hienden
por las cañadas de los altos montes
el vicio de la lujuria.

Febрил, como los cañones del hampa,
me he venido perdiendo entre amigas felonas
que han hecho lloverme, embaucarme,

y caerme por cuenta propia
en el aturdimiento reptil
que persigue la carne. He saboreado,
al igual que otros demonios,
espaldas antárticas,
bustos erguidos como hirvientes témpanos,
caderas rigurosas que hacen pensar en cananas
y tantas bocas
que han surcado las hojas de mis cuadernos
cuando, ya mal logradas de mí,
las recupero panales en mi memoria,
y las vierto en racimos.

He sido bagazo incluso de la negligencia,
y sé qué se siente aquí una paloma baleada,
un verbo labial,
un acusarme feo y dientono,
las taras morales, el néctar de los corpiños,
un nogal apaleado y las muchachitas de trece
que peinan en los patios de tierra
a sus enamoriscadas hermanas.

Tengo de esto y de aquello
la vista rigurosa y eriza,
los ojos enérgicos,
la lengua maldita.

He sido tirado
a los drenajes olímpicos
por reyes y reinas,
por eso llevo el espíritu
entreverado con la leña del pobre,
los viveros carcomidos
y las pachangas del cirro oveja
que disfraza a las cigarras,
la hierbamansa y el estafiate,
con el agujijón parco del martes.

He cargado, en fin,
como todo buhonero o pagano achichinque,
con el lúpulo helado de mis ataderos
y mis mil dependencias,
y una macedonia bastante triste de acertijos,
dádivas y mujeres olvidadizas,
pero gracias al canturreo enclenque
de un suplicar redomado,
de súbito y rebosante ya
del empalago y el tontiloco veneno
de los bohemios sin rumbo, apareces tú,
como malograda y laboriosa viñadora del mal,
para arrancar de mis bóvedas
(aunque sin verdadera intención,
pero con el puñal temerario
y mimoso del desamor y el estupro)

las colmenas últimas de mi pretexto de vida,
que debo al rústico jornalero,
al dolor ambiental y la sutil escritura.



Sin pretender escarbar en el cielo,
emerges de regadas melgas como el cardo tierno
que gusta de la tolvana necia y errada,
y finges hacerte la bélica, la ruidosa,
la desgraciada, la que pasea su vejez chiquita
con el run run de la clicca
y un tremendo arsenal de patadas,
palabrotas y jugueteos
que te oferta la falsa rabieta
y te subraya el arreo gregario y el veto,
pero para mí,
compañero forzado del puercoespín,
puesto estoy a saber que,
como el trinche ingenuoso que guarda el tabú,
te peleas peligrosamente con nada,
y como soy buen nadador de negruras
en las corrientes de los abusos,
absorbo de ti todas las floraciones
y peligros del caos, convertidos
desangradamente
en pichones y en el recio imperio
de la poesía y su halo voluto.

Luego, entre las letras imperceptibles
que mecen apenas
el silbar de los lejos abetos
hacia el nuevo verano taurino,

en un vaivén ceremonial y delirante
de un ajetreo inconcebible, mordisqueo
el florilegio certero de tu lengua,
reverdezco entorecido
en los abismos marítimos que aprofundan
la delicia lujuriosa del hambre,
y en el continente pulposo del oído
grabo a tatuajes mordelones
el palomar campanero de mis fiebres.

Amanezco desdoblado
en el testimonio portuario de tu ombligo,
con una embriaguez descaminada,
y como un lobo turbado
rebusco la primera dote en sus dominios,
cedo al inclemente azúcar
que glorifica tus piernas,
y en las tajadas de amor
que bendigo y que me sirvo,
pienso en la capitania tristona de las darsenas,
en los lunares bullentes de la muerte,
en las iras y los lagrimones de los credos,
en las albas lloviznadas
con aroma a ramas rotas de eucalipto.

Reveladores zarpazos
de esa inteligencia indomable

han hecho de ambos un reguero de júbilo
que riega a la mandarina,
al limón y a los naranjos;
ahí vibra el amor general
por lo humano y lo terreno
para echar a tus pies su santa villanía;
es entonces cuando descubro que me muero,
que siempre he muerto
en cada lloro y cada frase,
porque, cómo decir sin frenético barullo
que sé en mí el suéter negro,
la cerveza,
los discursos orales de Borges, que te quiero,
que deseo no duermas nunca,
para oírte y para verte,
que pido a los reinos naturales
o al nudo de elementos
que te lleven y te alcen
y te asuerten la existencia
en lo eterno de lo eterno.

Pero no es fuga esta muerte de geranios
en medio del desierto,
no es un torrente en desamparo,
no es la bravucona soledad de los domingos
que se esquina en los aleros;
es una muerte que me homenaja

y que me honra,
porque en esa huida a duelo
me pongo y me quedo para siempre
en la hondonada cárdena, en la nariz,
la boca, la espalda y el cabello;
por todo esto, si es posible,
en el gobelino crepuscular del arcoíris
ya elevado y caído en horizonte,
permite perpetuarme para siempre en ti,
aunque me vacíe de penalidades
y de flujos si no estás,
por los tantos sañudos espuelazos
del floreado desamor, y porque a mí también
«me llora el pensamiento si te pienso».

Ahora dime, qué jodidos hago
con este alboroto embarullado y catavinos
que me moja la lluvia
y me destraba los tobillos;
cómo refuto los consejos
y callo el júbilo ganoso
que me entora y que me horada; dime tú,
cómo asfixio para siempre y para todo ser
la antorcha sanguinaria
del dador de los espectros
que zanja los sentidos.

Dónde, me pregunto,
acabará otra vez mi tiempo
y me quitará la vista toda para dejarme ya
sin las historias suburbiales
de pintoreteados que se traban a cuchillo,
sin el chicotazo afilado
del desamor enarbolando el acicate,
sin los decidores de pan y trilladoras
que peregrinan y cunden en abismos
o abotonan la biznaga
y protegen con hachas y bebés
a la madre poesía,
sin la diestra resequedad amargona
de la oscura sentencia,
sin los sismos de amor
que me han catastropheado a mí
y a casi todos mis amigos, sin sanciones,
sin los privilegios de la vista y el agua,
sin besitos superfluos,
sin el *Viajero solitario* de Einstein
que todavía debes prestarme,
sin los lodos, sin despechos, y
sin el atardecer a edén abierto
antes de que todo eso suceda,
nos dicte los flamantes añales despojos
que nos han tocado del cielo,
y luego, entonces sí, gemebunda coronela,

«arrebátame la vida
porque no habrá más qué merecer».

Guardo entre las arcas de mi dicha sonora
las vías del tren y el puente que te vieron,
la mansión-jungla que armamos
en el monte con mezquite y vinorama
para no estudiar la *Historia de Occidente*
y burlar rondando en zopilote el tiempo.

Quién te dice que de eso
no fundabas para mí un dócil testamento,
y que sin el bullicio de la humildería
yo improvisaba en ti dos reinos.

Por eso nada lo perturbo,
conozco de los parajes del hastío
su maleficio y su desprecio,
la hechicería fecunda de un amor
que no es a mí o no es el nuestro,
los acantilados del tequila,
y del vino insípido
su ensombrecido precipicio y su aguilera.

A dulcísimas sabiendas tuyas
he ganado en el dominó
la feriecita más sabrosa

y más de diez billetes;
le he encontrado el obraje
a la lectura epidérmica que se ajuga en la oda,
y para el colmo de los bienes, he descubierto,
en la golondrina brava de tu sexo, la sensación
de cavernas costaneras ataviadas de jengibre.

Entorecidamente sacrificado de amores
logré sumirme lloroso
en el gineceo soberbio de la pelambre.
Busqué como un animal ciego entre tus muslos
de blanca sal reverenciada
el simple dulzor de los yoyomos maduros,
y en tu corazón de raspados contrastes,
un espectáculo de maracas cantantes
y sonajas encendidas.

No tuve fuerzas para negarme
a los caprichos de los azares mortificados,
y, como los grandes versaderos
de falsas homilías,
dejé a los suelos los grilletes
de los quebrantos y el frenesí de perfiles.

Pronto supiste aborrecerme
las lágrimas de cobre maldito,
las deudas de honor y la letra redondita.

Por ello digo a los cuarenta y cinco vientos
que si los amigos buenos del mundo
piensan abandonarme a las ascuas por eso,
entonces póngase mi impiedad igual
a la altura de sus pies,
porque hasta vistos Dios y yo,
allá entre nos,
sabemos que no somos decentes
desde la esencia malignamente natural
a la flor sin límite
que coloca el tramposo
a la mujer de menguados cabellos,
porque todo eso nace a la sombra
de la rosa injuriante
y sedienta de los halagos
y prédicas turbadoras
que pretenden masajes y trueques de mito.

Quiero encontrar
la magia marabunta y dominante
que satisfaga mi codicia de tenerte
una vez más recostada sobre el pecho,
hallar, en el abanico mundano del azar,
la suerte de trasminarme
por tus tallos albos
y abonarme a tus huesos humeando gratitud;
deseo, con la voluntad del bruto,

depender de tu vista y tu palpíte,
de tu savia luminaria y tus coronas
para poder expulsar del corazón mío
la escoria de este infierno al que le crecen
doctrinas a machete,
correhuela y álamos enfermos.

Como hechizo encrespado por las cosas vivas,
ya la sábana melón me dejó entrar,
orando virtudes,
a la fantasía e ilusión humana
de cortezas rosadas y minucias devorantes.
Me oculté como un sacerdote
entre los troncos bravos del firmamento
donde llueve quejumbre y canela,
me bebí como lebrel sediento
la resina herencial
por donde brota la vida,
me perdí en los campos de cerrazones sublimes
encarnadas en los fósforos
húmedos de lastre y sudor,
y empujé con toda bondad la mina blanda
matizada de algodón magenta y palpitante pulpa
chorreando blanco,
tembloroso y granado aserrín.
Allí, ya olvidados de la geometría
del conocimiento y el rezo,

alteramos en vueltas
la engañosa tranquilidad de los suelos
y nos comimos uno a otro,
pero yo, misionero del mal,
te comía llorándote a besos.



Bramadora de ejércitos
que juegan al tabaco y los alcoholes
escondes, como si aquello demostrara
alguna debilidad,
que lloras como todo el mundo
el mundo enamorado,
que con melena bravía o breve
igual vas por ahí
balbuceando flores malvas y trigos,
que en realidad sabes
no es tan tonto hablar de lechugas o tuercas,
y que guardas besos antiguos
con entera codicia y unos dedos
minuciosos y maduros
que quisieras asir.

Ignoro las pertenencias de lo imposible,
las moles falsas y adversas que presumo rendí.

Ignoro si alguien
tendrá que pisotearme los erarios timoratos
para volverme a los cofres
y a los auténticos fierros de la muerte,
para volverme a los hornos y a los pozos
de los años o los días que me quedan
y arrancarme de los ojos las enaguas,
las calandrias, los horcones, los resquicios,

las más simples
y pobres bicicletas tributarias.

Después o luego, quizá, me quedaré
sin rumbo llorándolo para siempre todo,
extraviado en las primaveras negras
de los lutos y en el suplicio sin límite
de los tejados sin vida y alebrijes.

Cómo haré—carajo—
para darle una oruga a cada oriol
y lograr merecer con ello
permanecer un día más en ti.

Permanecer y transcurrir
como en esa errancia memorial del piano
que se hiciera puente, pirotecnia y trío
en casa de nuestro muy querido Pedro;
como salir por un momento
por el hueco circular
que hace la luna en el cielo
y lograr alcanzar la verdadera luz estelar
y conocerle al infinito sus arterias;
como llegar homicidamente desangrado de amor
al umbral de las repisas, y poner
hasta al más altanero de los santos de cabeza.

Ignoro qué tendré qué hacer
con mis cloacas mojigatas y su terrible garbo
para poder entender
los caprichos de la musaraña desafortuna
y la entereza implacable de saber
que cada brecha mía en las cuencas de tu cuerpo
no podrá elevarse más
a la anhelante carne y limo blanco
que tanto trasnoché y desmañanaba.

Ignoro qué desfloramiento
habrán de hacerme luego
en este herir y desmorone de piedras
las toronjas y limones reales que se afrutan
en el vasto patio de tu casa,
y qué guisa funeraria empapará
el alborozo torpe de la harina entre tus manos.

Con toda certeza sé que no te pertenezco,
que mi sonsa boca
no podrá beberse nuevamente esos senos
que sonríen y me ignoran.
Y como el demonio ha puesto una vez más en mí
su feudo helado de pillos trompetarios,
no quiero marcharme
para siempre de este lucro bendecido
sin antes dejar a tus pies

este amor que condena a la desdicha
un reguero de petunias lilas
y canteros cantados por heliotropos.

Qué importa entonces ya
amarte en mi memoria despacito, si Belcebú
juega con los dados de mi muerte,
lo engaña todo
y jura a cada uno de nosotros que te niego.

Ay, Monichi,
para qué pedirles
a mis dioses de escritura y de parranda
que me dejen besarte las manitas y las cejas,
si es el más errado corazón el mío,
que se hace negar
el aromar del ser carneano y su periplo.

Sin embargo, no obsta decir
que verdaderamente
no habrá tumba que me abarque
porque elevo en ti a todas las mujeres
que dan motor y vida y savia
a todo el universo,
porque si tú pisas el mar
seré yo quien bese y lave tus preseas
que se volvieron en mi quicio

un manjar arisco de deliciosísima infiernura;
seré la fumarada vespertina
que te enmiele los labios,
las poltronas, los pimpollos en flor,
los poemas y los miércoles;
seré el frío que te enoje,
la música que tenga la fortuna mundial
de colarse a tus oídos.

Estaré dentro de tus zapatos despintados,
tus pantalones rotos, tus blusas largas,
en la risa estúpida que acuso porque martillea
a los pueblos sanos con insistencia viperina,
en los perros que tú sabes que me aterran,
en el elixir diario,
y en el beso aquel
que vaya a avivarte y, a mí, sustituirme
—si viene libre de fangos y rescoldos—,
estaré lo mismo llorándote ahí
de gratitud
con tesonera algarabía.

Andaré en la sombra tuya
y los vasos cantadores,
en las rebanadas de dunas que todos,
como bizarros marineros,
llevamos grabadas en los ojos, y
hasta en el desgano inmisericorde

de cuando duermes y no me miras,
no me tocas ni pretendes musicarme.

No tengo ahora
nada que sirva a los demás, porque
(con la humilde intransigencia
de un trasnochador reptando
y, como todo lo olvidable,
pero humedecido de tu boca, libre)
me he vuelto
este náufrago llorón de tierra adentro,
y solo el exorcismo obligado
del sueño, y de la noche el ansia,
apetencia y sed de ti,
me apacigua y me liberta.

Con los amigos
me hago religiosamente el bruto de ignorarte,
pero este chiste de mover las manos como un crío
es porque me comienzo a ahogar.

Solo los suicidas y los ciegos
surten como yo las carencias
con un variado rosario de impropiedades
y un bullir de astillas de tutores
si imagino a la parca llevándote a empujones
adonde tú desees te incineren.

Ya en la llanura marítima de tu piel,
en la que mi violencia mansa hurgaba,
ha grabado, la muy puta,
sus cifradas cicatrices.

Agujereado por los recios lagrimones
de esas nubes de tormento,
pongo mi plegaria a hervir
hasta llegar al sol
y encontrar la turbación completa
y el descuido de la muerte para robarle
sus velados velos y dardos envenenados.

Cambio todo mejor
por esa suerte del viajero
que no ve el mundo
sino como una banal canica,
y el amor de las mujeres
como un betabel inmenso.

Vuelvo a tus pies breves
descifrándose en una acequia y, así
como un nuevo cabrío
que argumenta su lucera partitura
y con el derrochador delirio
que cava en mi pecho
tintineando su impudicia y su potencia,

me lanzo a la colmena estuaría
de tu ombligo y tus simientes.

No muy tarde rodará reiteradamente la ruleta
para que la bárbara aquella
me muestre sus colmillos,
pero ya no me importa,
porque ahora sé que eternamente
el sarro abovedado del mar
seguirá mirándose en el cielo,
y que de igual forma agradezco
que alguna vez hayas aquí en mi boca estado,
porque como tantas cosas que conocimos juntos
—como el menester único del arroz blanco
y los colores del dinero—
acepto circularmente que vengas,
que vayas y me dejes,
porque así es esto de la terrena poesía
y el coraje de los cielos:
a veces tenemos todo, a veces tenemos nada.



Levar debiera la parca
los graznidos cuervos de malaventura,
el ulular cicatero
que todo lo encarece y ennegra,
la tromba maligna
de viajar en el grito del águila
y otear la fiebre mía con la hoz en la boca.
La he visto adormecerse
entre los papeles que cargo en mi mochila;
la he visto encender sus artificios
en las ventanas sin macetas ni adjetivos
por las madrugadas de mi barrio;
la he visto hibernar,
aletargada siempre por un rato,
dentro del pino cenizo y la pingüica.

La he visto cuando engaña
a nuestra tierra y nuestro brecho
guardándose detrás de los estallidos
del relámpago naranja y amarillo de Indias.
La he visto estorbándome los piensos
cuando me bebo con los ojos de la memoria
el jardín coral y la florescencia miel
de tu ombligo y de tu sexo.

La sé bogar en los arroyos nocturnos,
arrastrando mirasol y pasionarias;

la he visto poniendo sus culebras
en las laderitas que llevan
a las casas pobres
en las faldas de los cerros;
la sé risueña al valsar
bajo los sauces llorones
y complacida en la sabana ardiendo.

Conozco, sabes tú,
de la muerte sus costumbres,
los cascabeles que nos pone en la chiripa,
su fogón y sus barrancos,
y aún conociendo su quinqué,
su guadaña y su carruaje, si yo me muero
y me entumbo en tu indomable embragadura,
no existirá mayor honra hacia mi historia
en todo ámbito posible
porque quedaré perpetuado en los extravíos
de los ángeles dispersos y malditos
que me tonifican y me graban
segundo a segundo en los poros de tu suerte.

Conozco la brújula de flor árnica
destartalándose
en los borrachos tumbos del amor
teñidos con el dulce canallita
del azúcar prieto,

las gárgaras de sangre que hace el sueño
cuando un río doliente
de agua turbia y procelosa
nos atraviesa las horas de lamosa pudridura,
el cascabel beligerante
que enseña el cuerpo aterido
cuando aspira el hedor de flores negras
que borbotan en los destazaderos.

Pero también conozco
todas las perlitas lunares de la lujuria tuya
ofreciéndose a mi demoniaca
y desenfrenada dentellada,
la forma pachorra que has tenido
en la condena diurna de beberme,
y la margarina estelar
que me elevan los dedos sésamos
a la lengua cumbreira
que ondeo en los cardinales día y noche,
tierra y cielo, como un perro.

Y sé jugar al lado de la sábana melón
a los palitos chinos y a que el amor existe
a sabiendas de que el comodín es negro.

Es allí cuando la Bestia
me llena las esquinas de fruteros y carcajios
para bañarme de oro sagrado
que no es cierto.

Pero tarde, embelesado y aturdido,
me levanto al día ubérrimo;
sumo a mi ánima de los búcaros
los canastos de bejuco
y al chapulín mocho de hojalata
su oceánica valía. Tiño de añil el cielo,
coloreo el vitriolo y los juguetes,
aromatizo el romero y el tomillo,
prendo los pebeteros,
pinto de escarlata y aluminio
la sardina,
pliego los deseos nutritivos
a tus linfas laderas
y a la bárbara marisma
de tus secreciones pócimas
junto el barro sucio y juncos
que trepidan en el falso Sena,
y trituro y atesoro por igual
los atamientos augurales;
te busco mansamente en las pepitas
tiradas del café colado
que agonizan en las floraciones
sanguíneas de nublada mañanura,
y, aún con todo,
defiendo para mis más lejos interiores
los tributos tardos,
y del disco natural de los milagros

me arrincono más engañadizo al verde;
me torno obeliscos rojos y amarillos
cuando supe haber lavado
o preparado, entre ejotes, trastos de cocina,
Aute, queso blanco y aceitunas,
los salvados alimentos.

Cargo con júbilo incensario
mi centáurico indumento, figuro en mí
la intermediaria vigilia centinela
del dátil y el sinsonte,
la furia bienhechora del cantor,
el imán de los ríos mansorroneos,
la remolacha, el batamote,
y de la ceiba hospitalaria
de nidos zureados y conitos caracoles,
su verdor y su erguida independencia.

Arrebato para ti el cucú de las palomas
y, con la cantata ordenada,
me congrego mayamente
en el gruñir y en el rebuzno;
repito y repito a mis adentros
tu nombre, a mi salud.

Retozo como los criáturos
en el privilegio y la bitácora

de los residuos magmas,
nado a mis anchas en los abrevaderos
de los pollos y las tórtolas,
me doy en veganín a los convalecientes
y aplaudo al altruista,
al enfermero y la ambulancia.

No sé cómo, pero me multiplico,
y lloro luego sin fortuna,
y lloro lagrimitas verdinegras de correveidile,
y lloro el vecindario y los almácigos,
y lloro el delirio maltrecho de arpas líquidas.

No sé cómo
ni de qué garante procedencia
viene y vara en mis jamases la hecatombe:
la hecatombe deshilada que rebota, ata,
aterra, repta, enjorgece y decapita.

Y con esa tremolera del delirio,
la hecatombe no desaprovecha
las nupcias con el gusto innato de Luzbel
por saborear las agallas mancadas
de los cadáveres terrícolas,
ni la chance en escozor de minarme a mí
con la comunión tuya
que guardas con los vidrios,

pero yo, con las bujías necias
con que se alumbra el gambusino,
en el santuario del mal que me gobierna,
levanto, para vencer al otro dios,
tus olores litorales y desérticos
que llevo de amuleto,
los pies breves y sabrosos,
la boca pequeñita y orgullosa;
levanto cualquier nota
que me ayude a desbravecer el descontento
que me vigila y me presume
su crin y su pericia,
y que al pretender
despepitarme perennemente de ti,
me tatúa las espaldas
con añicos de vitrales
y puñaladas zumbantes
de delicia errante y vergonzosa.



Con esa misma y equívoca fragancia
de sumar a la floresta mi arrebato titilante
por saber aún vivos
a mi madre y mis hermanos,
viene un vuelco agrio
canturreando tu nombre en silencio,
con deseos de historiarme
a tu forma indómita, y opacar del espacio
la distancia y su inmundicia.

Te busco como un sordo ciego en el aire
miserable que me impide los colores
de las minas y las viñas ruidosas
de peñones minerales;
a tientas te busco en mi memoria carcelaria,
hechizada por irredentos maleficios,
y parto en la mañana la verdura bendita,
desértico de amor.

Escucho en color negro
cómo crecen el follaje y las canciones.

Además, creo,
pronto ya lograré dibujar en galerna
—con la ayuda de mis muertos queridos—
ese sabor a hojas de naranjo
y ese aroma de bajamar y de lavanda

de cuando escucho cantar al señor Manzanero,
de cuando en mi tórrida tierra hermosillense
raramente amanece el cielo encapotado,
de cuando en las escuelas primarias
lucen en vuelo y en los gises coloridas cantimploras,
de cuando reverbera el abrevadero lunar
donde se mira desvanecido
como un tonto el albatros, y cuando
dos muchachitas de quince
se abrazan por eso, e ignoran
el cigarro y el Orendain,
y a mí se me salen
involuntariamente de la boca,
como un hilo de cocoa dorada,
las siete letras del averno florido
que componen tu nombre y que, salvadas
de los falsos arañazos del mal,
me ofrecen un confuso reguero de dardos.

Pero aun —mírame aquí— cuando ya
entre los tristes, tristísimos, torvos tientos,
la emboscada rigurosa de la muerte
desdoble y articule su osadía,
pondré a tremolar mi más generosa
y barajeadada competencia,
para poder reconocer en último
este escándalo de címbalos

que genera la vida;
aspiraré muy fuerte los contornos de mi raza
y, cayéndoseme ya el postrero pensamiento,
iré con él y mi avaricia
a besar apenas la palma de tu mano.

Por eso pido ahora una vez, última,
azucárame este pronto desperdicio de huesos,
y seamos nuevamente de eso
una legión involuntaria
que se devore a sí misma
con tres babeantes bocas
y una saliva perturbada
que delate de tanta maravilla,
por error, a sus pupilos.

Edifica los altos promontorios,
mis márgenes enanas;
subraya mis extravíos y mis lindes.

Desbándame la ilusión intensa
que pudiera guardar todavía el pensamiento
que sueña con gargantas providentes
y la humilde percepción
que aguce mis sentidos, o,
sin la chispa imponderable
de los milagros tales, rinde a tus pies

los prodigiosos menoscabos de la idolatría
y álzate, e impide, incluso a Dios,
serse perfecto.

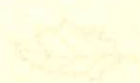
Lárgame a la medianoche eléctrica
de fermentos rumborosos, si lo quieres,
pero no dejes que me hunda,
carente de la vista,
en las aguas abismales y lodosas de la muerte,
geografiándome el contorno ya sintigo.

Déjame el hálito navionario que se me guarda
para un miércoles cualquiera
macerado en colombinas;
vuelve tu pensamiento fruta o leche,
y aliméntame de ti
hasta volver a ser el hombre americano
que patrulle las cicatrices de tus brazos,
los versos actos de Vallejo, Abigail, José Martí,
tus ciclónicos ataques de risa,
el campanar tesoro de cuando me nombras Joger
y las pelotas de trapo de los niños.

Ponme a levantar, contigo y los muertos
que me dejaron amándolo casi todo,
los brazos al cielo carcomido,
como lo hace la araucaria

y la mendicidad de la cocina. Ofrécete,
como lo hacen los copitos de nieve empolvada
a la luna lunática, las ramas del pochote,
y vívete de más,
a cuestras de mi aullido lastimero, si lo quieres,
para saber que un día entero
siquiera sí me fuiste.

THE UNIVERSITY OF CHICAGO
LIBRARY
540 EAST 57TH STREET
CHICAGO, ILL. 60637
U.S.A.



SERTE ENTERO QUIERO, y venerarte,
para afilar el litoral ilimitado de mis sures
y calcinar las floraciones
de las marinas milagreras largamente presentidas;
entrar a los pinares de nieve
por tu cuerpo caliente y sucumbiero
que entore su goce confundido y trabajoso,
porque tú serás la sangre que monte
el horror guiador que me persigna
para dulcificarme los dedos con tus puertas
cuando aquel relámpago destroce
los fruteros de los dientes con sus tinos,
y yo caiga rendido a tus filiales que me maten
ante un cántaro alborotado con varas de durazno
y el lloroso despertar de un violín chino.

Y SI ME ENGAÑO,
que te hablo y que te beso,
cómo no festejar entonces
el batarete baquetonamente
arrebiatado de existencia
por los crepúsculos sonoros sonorenses
en los que llora un alcastraz.
Cómo no morirse de manso amor
al observar la bullanguería milagrosa
de una mujer lavándose
los mirasoles deshojados uno a uno,
los chubascos vespertinos,
los fragantes dedos,
las casitas de campaña,
las ristras de promesas y los ojos.

Y cómo no caerme de orgullo y de alegría,
si me basta abrirme al universo
para asaltar el aroma de tus carnes
y elevarlas a las cumbres de los ciertos
con un par de clavellinas ya explotadas
y el sonido enternecido de una gaita.

QUÉ SERÍA DE MIS TRASTOS interiores
si me permitieras respirarte toda, y abrirte
desde el suelo a los más lejos labios;
lograr que borbollara
el mundo del magma hirviente
y encabritar la doble torrentera
de la marejada; y qué sería
si pudiera quemar las telarañas
que me han dejado mudo y
llorando agrio y tibio jugo de naranja.

ESTE DÍA LO HE LLAMADO con mi nombre
por su cielo encapotado,
por la forma rotunda de desear el cielo
y de historiarte,
por besar la mandarina nublada de tu boca,
la nariz, los lunares que me diste,
por nacer irremediabilmente un martes.

Sorprender la bonanza matinal
de un beso largo
abriéndose por un brinco festival
de arpas y delfines;
montar un callejero reflejo aceitunado
de un diluvio de campanas,
hojas de capiro,
barcos encallados
y vívidas canciones catalanas de Serrat.

NO SOY SOPLO que se fugue en el remanso
ni tigre que pise o muerda con capricho
la azucena macerada, Almamente húmeda,
aunque parezca que guarde la preciosa esperanza
de olvidarme en el respunte,
pero sé que voy con volumen tímido
en el enjambre revoltoso de un cabello
que no pretende perpetuarme
ni tan solo en un tramito de triplay
para que desfallezca la historia
y se pueda comer, sin pena, fruta.

NO HABRÁ, ESO ES VERDAD, un vals de viejos juntos.
No te llevaré un domingo, jamás, una diadema.
No tendremos nunca una uvalama en ningún patio.

En el juego,
no seré un pinto toro de guiñol
ni habrá en el mundo para mí
un tanto de cabello o una oreja.

Cierto que tu vida no tendré como una espada.

Eso es verdad. De ti lo pierdo todo.

Pero lindo será, también,
que no mueras jamás entre mis brazos.

SEA QUIEN SEA el que ahora te toque,
que se le llenen de lenta música los huesos
y que le broten de los dedos flores.

Que sus dientes y su lengua
sean una suave y profunda delicia hacia ti;
que en sus ojos lleve
tus lunares y estaciones ferroviarias.

Que hable con el mismo amor que lo hace
del tarahumara o el agave,
y que salve del desmayo
a colibríes en tu pelo noche.

Así sabrá en ti
a miel celeste entre tus vellos y tus piernas.

Obtendrá de por sí en su piel
—después del jadeo y los sopores—
la caricia para el viejo
que ahora tiene los codos apoyados,
y sé que pondrá los mismos besos
al tal de la chamarra café;
comprenderá por todas
al que procura el fiambre o el queso
y siempre te llevará
untado a su cuerpo a todas partes:

en las telas con aroma tuyo, en las mañanas
—y quiera la existencia florida—,
que nunca, nunca, en un vagón 42-68 México.

¿POR QUÉ NO DEJASTE a mi vida verte crecer
entre la algarabía verde de colombos y obeliscos?

¿Cuánta, mujer esquiva, ha sido mi pobreza,
si lo único que deseaba era que en mi casa
me cantaras encima de la boca
esas canciones que tú gritabas tan horrible?
Ser para ti, como alguna vez lo dijiste,
ese *dibujor* de liebres petrificadas
por la impostura de la luna,
y del color abombado y llorón que guardan
las estufas amarillas, la verdura y los gises.

Y como la vida se anda en los colores,
ser para ti completamente yo,
un largo beso azul, terriblemente enamorado.

Pero como quizá a ti no te vuelva loca
el color de la lechuga o la semilla de higuera,
ni te vuelva contenta
un puñado de clips o de torundas,
permíteme siquiera dejar evidenciada en ti
la revolución real del individuo
que se agiganta en la minucia.

MIENTRAS ENCANECE LA HUESERA
en las más elemental razón del alborozo
que la clemencia vuelve floreciente,
me despierto arrastrando la carne enamorada
como los árboles erguidos, pero muertos,
a reinventarme en tu boca
que envidia, y me ofrezco
como un gajo de naranja
para mentir y hacerme el renacido. Y justo ahí,
a la hora en que se encienden los silbatos,
cuantiosos son los dones de los posibilitados,
de los que se versan enternecidos,
de los que se enjambran a mordiscos,
sin ser cautos,
y se desollan con los ojos y los dedos,
mientras el primer ogro de la mañana
se despabila, con un durazno en la siniestra,
a punto de llorarle,
por no tener siquiera un mal vecino.

ENTONCES, COMO MAÑA DERREDORA
y yegua de la muerte, eres;
desenfágate del jaripeo
de los rubicundos mundos adivinasuertes,
y, opulenta o refulgente,
memórame con buena entendadera
en las recuas del amor,
retoza negramente sobre los hierbales
y los picachos agrios del chisguete,
y juega, con los muertos de la vista,
al argüende cabrero y al conquián.

LATENTE TEMPORALIDAD HUMECTADA
con el dibujo nocturno del manglar,
la jabonera,
el tenor carabelero de Álvaro Mutis,
la falleba como la que desea el Gordo,
y con retablos y tabaco rubio
te levanto entre las manos,
hecha toda coliflor, y te pongo aquí,
entre un globo terráqueo,
una agenda y un responso.

A TRASLUZ DE LOS REGRESOS,
quién podrá algún día
venir a mostrarme cómo es el amor triunfal,
y qué se siente aquí,
cuando uno se despoja de la muerte pajarera
y, como un milagro de sol salino,
ese nombre tremendo y afilado
se nos sube a la boca
para llenarnos los labios de himnos táctiles
y uvas de colores parecidas a la sed.

LA MÚSICA, NO DEBE NEGARSE,
jamás volvió a tener
el oleaje montuno de las péchitas,
pero cuando el tiempo quisquillero
de vivir turnado
se lo fueron acabando los conejos,
la ruina divina se abrió
como esa luna mordisqueada
por las hienas
y cornada por los toros,
para hacerle chorrear sueños azufrados
en la cabecita tibia y molinera
de un palomo herido y luego blanco.

POCO SÉ DE ENTENDIMIENTOS
y formas de amar a las Raqueles,
por blancas que fueran o pensarán,
y mucho menos del olor a hierbabuena
de los sueños condenados
a los azares diurnos sin sus soles.

No conozco la obra de Tchaikovsky,
cómo se siembra el apio
ni qué se siente
al tentar las pieles de las focas.

No sé si algún día habrá de trascender
la saliva del piojo,
o si el mentado Cobo es realmente puto.
No sé, además,
si mi nuecera se frenará ya
en esta triste mirruña y su rastrojo.

Lo único que entrecejos sé,
que cabe en mis entientos,
es el deseo ya inmisericorde de abrazar
a la mujer más pequeña de mi raza.

NOS CONOCIMOS QUIZÁS, o no le he visto.
Puede decirse que pudo ser, si fue,
que no sabemos, si anduvo conmigo
allá en el tiempo del corretear diurno
ventaneando la cabalgadura natal
y natural de los livianos.

Pudo estar
en lo que me placía entonces y ahora se tarda,
estar en el hábito para alcanzar el español
o la empañada suma,
en la maravilla de Rumania y lo marino,
en el entrearoma agridulce de lo perecido
y su innombrable fragancia
que estodojunto ,
los sótanos, la resina del torote,
la caoba y telarañas.

Puede ser que eso sea el amor o no,
de cualquier manera
me siguen llamando los techos, los grabados;
me achillonan aún las ambulancias,
las casitas de lona,
el silbido de los pinos, las madejas,
los perros alados que no existen, las cocinas;
me agradan poco menos, también es cierto,
la arquitectura, la leche,

las tercas fechas imprecisas,
pero aun con todo, no distingo con sobrada claridad
entre besar la pulpa brava o comer el pan con queso,
ni en ofrecer un beso real o una manzana.

LA TAREA DESARMANTE, ROSÁCEA, ADJETIVAL

de la tarde de Sonora

es izar la nombradía

del que a ramalazos de bambúes ha sido dolorido,

izar el bullicio magenta de las motas de nube

y envararle en las manchas de las vacas, o

atracarle en el mezquite

que sirve de pedestal al chonte

y de ceniza al hombre sin herencia.

Pero cuando se anocturnan los tractores

y relumbran y brillan los sifones,

nada más tonificante y festejoso

que un resoplo a rasgabuche,

nada más exquisito y trotamundo

que en las celebraciones

de un café amargo y peñascoso

divagar a conciencia,

y tirar como la cabra al monte.

VENGO A NACER en el dedalito de agua
y el tronido del salitre.

Caigo en el imperio del mal,
entre la lluvia congelada
del granizo,
y me levanto en columnas de humo
y arrecifes de coral.

Me busco en las rayas del agua,
la imaginería rabina,
el petrel inmutable,
los Cárpatos y el escorbuto.

Nazco en el desastre divino del amor cuatrero,
me amortajo en los saleros fecundados
por la sangre fusilera de mi navecita Alma,
y muero repitiéndome
hasta el infinito con un poema mojado
por la diestra y, en la otra,
con la penitencia nupcial
de las arenas nebulosas de un tintero.

ANTES DE ENREDARME en las punzadas de los años
era verdad que el cielo se transformaba
con el aroma de panes y madera, y que uno,
si lloraba de amor,
podía colocarse el alba en la punta de la lengua.

Para la otra mamá era cierto
que la noche se hincaba y se encendía
con los balidos lejanos de las crías.

Después vino para mí
la presencia o los poemas de Machado
al colorear con tías, hippies y calzones
mis cuadernos de dibujo y aritmética.

Pero ahora, cada vez
que se cae un nuevo día entre los caldos,
llora mi memoria
por las manos de la otra mamá mía,
con su entero aroma a petróleo,
a naranja rallada y a cilantro.

CUANDO LOS ARROYOS DE ARENA reverberan su sed
en una tarde de enramadas calientes,
un asno pintado del color del ocio
resquebraja la hora del calmazo intenso,
y se tragan su suerte milpera
la lechuga, el cilantro y el nopal.

A lo lejos de un vergel,
un remanso ofrendado de incienso de resina
funde las tortugas,
y un recuerdo de un azul vespertino
emboca el humar del reverbero y las ancas
de una lumbre interior prodigiosa y repetida.

En otra parte del mundo,
un cañaveral lloviznado fecunda en los sombreros
su espanto azucarado y su trastazo de tristeza,
pero acá,
en el universo del centro del universo,
la palabra que dice el nombre maldito
de mi sangre, lloradora y poemera,
se irisa y se espeluzna si lo toco
con la punta de un dedo húmedo y helado.

COMO PUNTA FINÍSIMA DE LENGUA

me impone el albedrío su fortuna maniatada,
su cornada y el aprecio burlón a su figura;
pero soy únicamente la piel,
los dientes y las uñas de un muerto de anfiteatro
o la morgue de los veintidós para adelante,
soy ese puente verde, negruzco,
de paso a desnivel,
la piel casi morada y carnosa del torote.

Soy un viejo que fuma fuerte
dentro de los yucatecos bailoteados por el viento:
las canteras, las herrumbres, el absurdo,
la poca cantidad, la mudez, el ejercicio.
Soy un ave canina
mordisqueando su muerte perruna:
la bofetada sin gracia
y el licor humectante de los viejos almacenes.

Y soy también lo que no soy:
el hábito sin día, un suéter negro.
Soy la silenciosa geografía del capitán Nemo
y lo que aún le queda por decir y no dirá Álvaro Mutis.

EN EDAD DE ADOLESCER la pobreza y las muchachas
escuché letras cantadas
que volvían los objetos a bueno,
y soñé con hombres enamorados de Hernández,
y con arpas, pozos, tinteros y España.

Más tarde, cuando la naturaleza completa
se tendió sobre sábanas y manteles,
un oboe me desfiguró la cara,
y pude entender entonces aquella petaca con flores,
un pedacito de piola, una ciudad incendiada.

Y hoy,
cuando aún no he palpado los ojos de un muerto,
ni tocado címbalos ni jirafas,
sé que indisolublemente llevo en mí todo eso,
picoteado de gratitud,
y agradezco a Serrat su existencia,
y aquello de que
todo infortunio esconde alguna ventaja.

Y SIN EL TITUBEO de vivir la vida a muerte,
carente de talegas, erarios y salarios ciegos,
híceme así, porque no pude darme menos,
como Moncayo el "Huapango".

Necesité morirme varias veces
para saber sorber, cual chupaflor,
todos los motes y títulos
que dan destellos y esplendores
a los objetos y pulsiones de la gente.
Caí—nunca rendido— a la sabiduría nuclear
que contemplo como un tonto entesorado
en las sombras y verduras de los montes.

Y como un niño real,
un niño con una barriga hueca,
me hallo y me saludo, y me repito,
desventajado en todo. Y, así
—no quiero, de verdad, lo juro con esta—,
no quiero acabarme nunca,
para entender y no entender, como una vaca
alzando su tontera a las constelaciones,
tanta maravilla y tanto corazón
que me alivian y me pintan mis amigos.

HACÍA LARGOS AÑOS HE DESEADO multiplicarme
en la voz anciana
y la carne sonora del que sabe sostener aquí
el aroma de zapatos nuevos,
y se derrama sollozando en los esteros
al recoger la uva, o al soportar del desamor,
sus herraduras numéricas y criminales.
Propagarme en la cerveza dócil que se brinda
como si nos llenaran la boca de una estopa alegre,
en las tranquizas bienhechoras del oxígeno
que se encarama a los virtuosos perales,
en la madriguera frutal de las faldas
que se hacen a la brutalidad de pasar
como un alba galopante, y en los lunares
del misterio de las colegiadas soñadoras
que a escondidas se multiplican,
se suman y se restan,
y a solas trepidan, mordiéndose los labios,
abriendo para nadie las prendas impudoras.

ENTONCES, CUANDO LOS AÑOS PACEN
en lo verde de las ruinas,
quién será cual me financie la cordura
y me despida con un quequi al trabajo,
harta de mí y los calzoncillos sucios.

En esos ojos bellísimos y para mí,
cómo seré cuando sucedo.

Cuándo, matemáticamente,
sabré si el domingo clorado y con espuma
debe ser irracional o se reacciona, y
escuchar al Wings porque no hay más,
y porque a ella, además,
le encanta rasurado el inglesito.

Arrodillada la carne y
desquiciado el cuerpo,
cómo será revivir en alguien la luz temprana
y desvelarse de amor,
y en el trabajo andar aún de amor temblando.

ENTREMETIDO EN TUS HUESTES MUSICALES,
apasionadamente carniceras,
el otoño se adentra con su sábana amarilla
arrastrando específicamente tristes
aires Ontiveros donde tú me difundes y propagas,
y me vuelves los ojos generosos
como dos rocas arrancadas,
o la travesía de un cuerpo y el prodigio del agua,
y como un tordo extraviado y riguroso
a tus sombras vacilantes
retengo en mi boca ensangrentada
de un solo picotazo.

Con este miedo indomable y la infinita tristeza
de no ver más al mundo o a la novia,
me arrodillo
a tu manera natural de describir la gratitud,
a tus conocimientos primarios,
a tus establecidas sabidurías vegetales,
a tus prudenciales polvaredas verdes.

Levanto apenas como puedo
el tributo de mi vaso de cerveza eterna,
y subo mis ojos ya malevos, ardiéndome la carne,
a los cerros tercos, mitad día y mitad noche,
ejemplándome sus suertes minerales.

Y conozco la razón original del tiempo,
y aprendo, en tus crepúsculos caídos,
también a ser inexistente.

VENIDO DEL AGUA en un mes de hollín,
cuando el sol salino
guardara su furia desquiciada
—adelante y aún no complacido—,
me enteré de la vida
quizás en un triciclo verde con algo de tortuga.
Y en los años buscatodo que siguieron,
en un tronar de cataclismos
despistados por la parca
—como un marino de la fuerza armada
de cualquier rincón del siglo veinte—
me quedé parado y castigado para siempre
en una fotografía sepia y mal sellada.

TÍO YA, ESTUDIANTE,
chocarrero y sin cabeza en el concierto,
fui me vigorosamente malvivido y extraviado
entre la Rosa de los Mientos, pero
conocí de esa despatarrada oración al suelo
aferrarme a la vida
como un significado o un pronunciamiento,
y vi encenderse las gratitudes y sujetos
de los lápices al verde vivo
—y años más, años menos—,
quise nuevamente alzarme en mis motores
para brindarle a todo el mundo
desde El País de las Maravillas
chongos zamoranos y pérsimos inmensos.
Y a aquella cabellera que viniera desde
frutos delirantes y pareos, le apartaba
en cada una de las manos, a la espalda escondidas,
un espejo de latón y una luna de jocoque.

JUEVESMENTE APETITADO Y BERRACO,
en la hora nueva
de la mantequilla y café amargo,
se me ha llenado el ser de arrebatadas lágrimas,
piedras volcánicas, biznagas florecidas,
fresnos y encinos asomados a vertientes,
porque, como lodazales de herejes lujuriosos
o el agujijón tibio del sacrificado,
me sangra tu nombre en el cáliz de la memoria
y vivo muerto, veredeo y vibro.

VIOLENTOSAS HAN DE SER las borucas fúnebres
que alardea emplumada la putera
cada tarde ingrata en que abre el camposanto,
pero yo le hago frente a sus trucos con los míos
y fumarolas que se van en una mariposa tigre
y algo parecido al vinagre, al mosto o vino tinto.
No me espanta del todo
este trueno de estuco sombrío y de ceniza
con que me viene ensuciando el cielo
porque, si a silbos viborales vamos,
le tumbo el circo de una poltronada
y me lustro las pezuñas si escucho
de vergeles sus verdes peregrinos y apacibles,
y la voz barrosa de un hombre empoemado
que me susurra, sin lamentos cocodrilos
y sin lirios frescos en las manos,
la edad exacta de la sangre y de la luna.

SEMBRANDO UN MANGO y una lima
cerca de otra cerca, un pitayo y una buganvilia,
hablaba con un diablo generoso
que siempre me pensaba lo mismo,
y me decía que después de todo
y todos esos enlechados centauros noveleros,
que antes que el jardinero solterón
abriera nueva brecha para las plantas
escogidas de la flora y el rebrote,
a un lado de las ebrias maldiciones
de los mediadores populeros
y sus paraguas de amañados albedríos,
después, mucho después
de aquellos satíricos bufones tirados
día y noche y mes tras mes
a la lascivia umbrosa y al comedimiento,
al comedimiento y la lascivia,
debajo de aquella turba de querellantes,
descastados y desvalidos bebedores de fermentos,
detrás de estos traviesos mendigantes
resueltos a barajar resuellos y raigambres,
y muy encima de los que a la hora del espejo,
no sabemos decir ni mu.
Debajo, encima, detrás, a un lado y más acá,
menudos empujantes de la rueda de la vida
viven como una tribu panadera,
enharinando las escuelas secundarias que, eso sí,

tarde o temprano,
blusas entreabiertas y caritas presidarias,
envenenadas de amor habrán de morir
humedecidamente en los sarmientos.

EN LOS RISCOS Y DIVISADEROS de la suerte pudenda
que, con penacho supremo, allá abajo,
te hubo tironeado
por los campos soberbiales de yemas cempasúchil,
no he dicho sobre esas fortalezas
de qué forma pudiera darte alcance con un lápiz
—verdoroso y llendado—,
para decirte que, sabiéndote probadora universal
de los juguetes, aún bebo el agua con alegría,
no importándome los testafierros del tiempo
que me avizoran
la carne deplorable y un corazón bombo;
pero, con todo, todavía, en el ayer de ahora,
sin satánicas astas ni hoscos señuelos cuchilleros,
por último, en un rincón del patio
de la casa de mi hermana Leticia,
quiero contigo sembrar cilantro y rábanos,
y escuchar ballenatos y guarachas
y una tormenta arrasadora.

Y SI NADA ME ES posible,
no me lío a los ojos espantados del caballo,
porque en casi todas las canciones
que me ofrecen los míos
existe un cuenco de lecciones marinadas,
estelas de hachas, cataratas de trigo,
flotantes nenúfares y refinerías petroleras.
En ellas y desde ellas he nacido,
y me he dicho y purificado en las barbas
de aquel que no lleva la sangre envenenada
con las privaciones del monje,
o aquel otro que no se hizo más a la sazón
de los pedales de los traseros, y en un vasco,
un Goytisolo en el reino, y un poeta Cardenal.

PECES DE PLATA PASEAN el álamo.
En él, trémula como la luz,
una mujer pequeña,
sin un nombre verde, vacila su llegada.
Entre las redes de la tarde o la historia
se zambullen mariposas
que intentan luego salir por el vidrio vespertino.
La memoria de la pequeña bulle
por razones del tiempo,
y zumban viejos destellos
de aromas pescadores,
pero también para mí
se mecen nervaduras y esqueletos
al angelical tiempo en que no hay clases.

SÉ QUE ALGUNA VEZ,
cuando se vaya desfigurando el tiempo
hasta volverse quizás una ciudad
más atrás de los romanos
y los amores de entonces,
su boca y mi boca
estarán tan perdidas por el suelo
que su amor será planta silvestre,
y mi boca se volverá más tierra aún
para el homenaje ese
de mirarle a usted crecer en mí.

CON TODO Y ESAS MELGAS de verbura y tradición,
o comisarios que heredan el aprendizaje rural
de los tatas y las tetas,
de mostacho entumido que olfatea a secas
los campos de sorgo y cuadriláteros
tupidos de garbanzos que fecundan los arados,
el Nino, adorador de revistas pistoleras
y de quemar el frío cuchillero con barañas y chamizos,
bajo la madrugosa luneta rupestre,
cerrada de estrellas trilladas y jaulas de pajaritos,
indio mundial de su prietura,
vino a hacerse de su flaca
que de rigores imparables, pero nobles,
se ataviaba, la chulada,
toda ella alejada del pupitre
y la bufona gallería.

Un tanto trabajosa y fifirucha, registraba
los trapitos de colores que habría de hilvanar
entre oleadas de fogón y liviandades,
anotándose a las alimañas de leyenda
que churreaban a cuento los cansados vaqueros,
idólatras de farsantes y vapuleadas piltrafas,
que en el radio de transistores
pocas veces se volaban la barda
por encima de ese manar de manos
que estrujaran el aire con santiguos y bellotas

o concedían aquellos bastonazos de pelota
sumarse a las titánicas victorias universales.

Formada la mañana
con cielitos decembrinos que podrían hornearse
y el aviso ennegrecido del cacareo que embocaba
en el presagio dominical de la buena fortuna,
sin manojos de dolor pagano,
la vida arrancaba mostrando sus astros
en las yemas rebullentes de los huevos.
Las puercas fríamente pretendían salvado,
mientras que en los corrales, a estival temperatura,
por la suerte de cagarrutas y picudas pezuñas,
a tirones de ubre y a cabritos mamones,
se robaba la leche que daba vía y enseñanza
al criadero obsequioso de tramposos bocones.

En las caravanas del bochorno vespertino
de la obligación primaria, los plebes atónitos
en el lagartijero, antes que en la caligrafía o el adverbio,
hacíanse a ignorar desde la sima de los suelos
que cuando el tiempo vaya sustituyendo al tiempo
y acortándose en la ceguera de la luz
se habrá de vislumbrar a velas;
que abotargado y en cuaco el sino calacal
de la punzada y de la yunta escapularia
se quedará prendado

entre hermanos de cerveza que no lo son ni lo serán,
un día menos negro, pero negro,
en que se encabestren las fulminaciones del sentido
como una estampida de veredictos y de escualos.

Y, más aún,
que el cielo jabonado por plumajes de nubes serpentinas
algún otro día se vuelca en trueque, sangre y batidero.

Los maestros, espesos, pero generosos,
halonando sus envaramientos,
machacados en la materia,
las minas de la filantropía,
el respeto a los cantadores pensantes al do mayor,
las mezquindades que el jerez y el diablo asisten,
más otras potenciales perversiones tarugas
de la salud humilde,
iban colocando esos hados en las ventanas,
cual chorizos o reliquias y fuentes de orientación.
Ah, pero las campanas.

Las campanas que todo lo salvan, anuncian y bendicen,
no como los arcanos rodantes del tarot,
y el arbitrio y tónica embaucadora
de los gañanes que hoy trituran
los reparos en las seseras de las muchachitas
azotadas de desazón y podredumbre,
eran el entrar de golpe, sin tribulación alguna,

a la maroma triunfal de los baleros,
las turcas a la raya para determinar la dote,
los carros de horqueta y llantas de sahuaro,
el tacón, los túneles, los zainos, los jonrones,
los mensajes a Dios
en papel de China, de carrizados y coloridos papalotes.

En la calle de abatidas herraduras, los chamacos
se desbocaban hacia los trompos, y el aroma de la sopa,
como ríos salidos de madre,
a la hora en que las horas aflojan su andar
en el zureo de las pitayeras y los hospitales,
aunque, aluegados para apapachos
de renovados concilios,
chiroteando la recreación a conciencia,
como lo hacen buscapleitos y descarriados,
se armaba el zafarrancho a todo sopor,
a cuenta de léperos que iban sudando la indumentaria
con tintes del talego usurero
cuando les azuleaba la mirada
por larvas minerales y chucherías de caridad.

Hipnótico, en remojón mágico y reverencioso
como la suma trabada
en la obligación del parpadear,
el barrunto colorante
de que universo y fondeadero son la mirada acuosa,

en un piso de penachos vegetales
y la carne primera de muchacha impresionada,
se abriría como el ajonjolí, la alegría, el sésamo,
a ese contentamiento desastroso de entender
que las sonrisas calavereadas del auspicio,
el zureo y el augur mortuorio del naufragio,
las embajadas de la melancolía,
y los tambos petroleros
en un estallido de sangre victoriosa
sobre la sobria ebriedad de esos instantes,
empiezan a existir también por dentro. Entender
que, así como adelante, se habría
de apretujar contra el pecho el cubilete
con esa parda lástima que lastima el alambrado,
tendríamos, vigiladas
por trasnochados y felinos perros,
beldades ataviadas de fortísima y taurina compañía,
que no cabrían en sí mismas de tan pobres
en los subterráneos sobos que propone el firmamento.

Así fui ofrecido de los más profundos suelos
a tener un nombre verdadero de segundo nacimiento,
y arriesgar a ineludible luz de día
un yo un tanto concienzudo a la vergüenza.

Subiendo por las galerías de la hormiga
un vaho dolorido de crudas ocarinas,

llorando y orando a no sé que afelpada flecha
que en el interior
de las hilarantes extensiones que las miserias claman,
uniéndose a la sordera a simple vista
de los chuchos lejanos que al amanecer revuelven
un algo de toro apaciguado,
como un chamán chamaco
el clamor de los clamores clamorea,
y ese algo que se arrebuja junto a uno en el tilichi
enviernecido desembucha sus sosegadas catarinas
y yuyos serenitos en los topetones
de la vista que se dan de banco a banco.

Me hice al civismo y la aritmética,
a los jardines, los triciclos, las cabañas y las huertas,
y en ese trance, el destino diluvial que enjuaga el tiempo
echó abajo el hogar de los chiqueros;
todo se hizo como esa música sacra de paz perturbadora
que se aduerme
entre la obediencia' azucenada del concilio
y la serpentina trampera y lujuriosa,
como jacaranda viva,
que vuelve a los ojos ramilletes bobos,
y al callado sacrificio de esperar a nadie,
en dedos telúricos cayéndose en azúcar, o
verdadero mentiroso,
si se es pobre caballero y lengua verde.

Como regadero inflorescente de colorido ramalazo
me fui del tingo al tango,
desde canicas a crepúsculos recién anaranjándose
cuando Santo Niño de Atocha
protegía la charanga leñera de los tíos,
y con jarabes de naranja y árnicas venosas
a la vida cabrera cobré lo que me hice.
Así, entre cabillos de torote,
el aroma del salvado y el acanto,
me vine a tumbos en descubrirme el alma
para apaciguarme las delicias de un milagro
aún desconocido,
pero que se echaba a pico en los pezones de las flores.

Entonces creía, y creía bien,
que las botas lustrosas brillaban cada cinco años,
y que ese matiz que ilustraba a los pollos y las vacas
provenía de esas olorosas madrugadas blancas
que apenas iban suponiéndose
a espaldas de la trinchera de mi casa. Y vine, o fui,
a darme color de pan en el columpio de ese mezquite
que sombrilló los rabillos de agua tibia
que rodaron de pobreza enriquecida
por las rodillas rigurosas de aquel niño.

¡Con cuánta pureza llevaba el pedacito de biznaga
a la boca!

A los tantos tiempos, en un descalabro y un derrumbe,
en una madrugada lisa como pensar sin palabras,
me quedé estampado
en las lindes y rabillos aurorales de los cerros,
en barañas y petróleo,
en demandas, y licencias de bandido,
y las sombras primeras
de los contrafuertes empinados de molinos harineros.

Obcecado en obsequiarle sangre tibia
a la invención que en la memoria el obcecado evoca
y en dar forma de cobijo a las hilachas del tripeo
que repara en las señales relegadas
que alguno olfatea en los remaches, las tuercas,
los disturbios de la lágrima infinita, los turnos
y trampas luminosas de la bienhechora racha,
los triciclos, la orzuela, los repollos, los emblemas,
vino a decirme el universo entero
que la bendición de la vergüenza
por saber recoger o dar gratitud al peladaje
(y que más allá de las benevolencias
por el fruto del trabajo y de sí mismo
es de luces que la mujer total exista como exista),
fracturando la factura,
por amarle a mares al respirarla en peras
antes que los bienalados yazgan.

Luego supe que la mejor manera de decir las cosas
era callado, sí, callado, pero hablando,
o trocar flores cortadas por jarcias
y partidas de revueltas;
y como otra repentina mañana
esclarecedora y diminuta,
su voz florera apareció en mí, convertida
en una de esas voces sordas que se meten por la ropa.

Miel de abeja, uvalama y sinvergüenza
vengaron inmisericordemente
la vena petrolera de la hornilla, alacranes, la plancha
y el guelengue nocturno
de lámparas y tilichis de colores.

Ya no el tablón pando que guardaba a los becerros
ni la cornada de luz lunar clavándose en la milpa.
Ya no llorar la espera del carnal hermano
en algún azuzado y gravoso viernes chapucero.
Ya no más clemencia truculenta y tendenciosa
para aquel lloroso desquiciado, hecho a respirar la vida,
y saberle endulzar a cualquier diablo el nombre.

Otro imperio de prodigios berrinchudos se guardó
bajo sábanas endrinas, estiércol bendecido y fango,
para intentar desmemoriarme y lograr el cambalache
de abrevaderos apacibles por resacas

de sangre lastimosa,
o el palofierro en bruto,
por un encanijado y tonto diabólico hipocampo.

Y sin ninguna humildad, puedo decirme
que decidí jugar al cácaro, y partir a donde fuera
con mis sueños sinceros y esa alegría silenciosa
que habrán de sentir también la madrugada
y los tractores
cuando truene el destello festival
a hacerse la cebada, el frijol, el cártamo o el trigo.

Toda la arrogancia festiva que parapeta el capirote
y que el agote gota a gota capizcara,
un tanto tonta y traqueteada la acrobacia,
en el suave daño de doble vértigo, y esa
manida manía de maniático maniatado
por saberme descocado y sin estrella,
me he dado al inventarme,
cuando vengo de las costas y los yunques,
a una mujer milimétricamente suya,
brava por dar nombre a los principios,
ducha, muy cabal y muy lloronda.

Comprendí que la vida
únicamente una vez se hizo sola,
porque todo descubrimiento

habrá de terminar por siempre en punta,
y no importa demasiado que ay, mis ojos, se niñimicen,
si lo único que ruego
es abrazarme a ella con todo mi amor y mi violencia.

Y ahora, aquí,
paso temblando
por el aro suspendido de nublado suplicio,
con vasos de cerveza volada, cantos gregorianos,
los versos de mis amigos, que se dicen a sí,
y frasquitos de cremor tártaro e impacientes especias.

Con el mismo sosiego del manglar y los escollos,
en bocanadas encharcadas de sangre y de demencia,
arranqué, uno a uno,
los filamentos borroneados de algún rezo ocasional;
pedí a las colinas, los riscos, los llanos y las cuencas
echaran hacia mí, fosforosás,
la preponderancia rala de las cabañuelas
y la encañonada virulencia de la cepa y sus flecheros.

Tuve por pecho, entonces, un asterisco remansado
en un erizo llorador
que alzaba sus ballestas con florcitas de retama.
Aprendí el lenguaje de los silentes valles confitados,
y también pedí un hijo
al cedazo epidérmico del mundo,

para tener otro cuerpo, como dice Patricia,
y tentarme por dentro
los narcisos de la vida y otra sangre,
antes que el esqueleto que me anuda los sentidos
afluya su savia descarnada.

Seduje con artilugios apiñados y fastidios dadivosos
al estertor letal, para que apaciguara sus roturas, y alcé
en aislamientos ilusorios el letargo vegetal
de ese reproche, y del suelo resollante,
agrícolas alondras;
hice del oído otra garganta,
pero nunca, en mi memorial tardío, tuve para mí
tarros de loza puestos a verter estrepitosa azúcar
ni dejaron los años de cuchichearme por lo bajo,
a los ojos,
los vocablos irónicos de la reciedumbre de la muerte.

Ya vaharado el testimonio trunco del blasfemo,
cuando hubo desaparecido el término sensato,
mi querella huraña resguardó su delirio litoral
con avemarías ásperas, ocultas, menguas,
pero juro por su sombra bienaventurada
que cada día que verifique a la tiniebla
querré menos su bicoca,
aunque tenga que morir rogando
al follaje de los tantos remedios emboscados y mentidos

que vuelvan las entrevisiones virginales de la magia
de cuando la noche y el día unían sus botones
(que tornen —pido— lleguen,
me abracen y me muerdan).

En otra edad, que fue clavándose en un brocal lunero,
vi cómo los coloretos tañían sus sistemas,
cómo la réplica o reproche
de ese tiempo fue a deshilacharse, polvorosa,
en varas retorcidas de canela. Y aquí estoy,
en el otro hemisferio del follaje, picoteando luz,
pero como un topo embotado en un túnel,
averiguando vericuetos.

Y aquí estoy, sí, deteniéndome como puedo,
sobrevivido y resollante, con la nariz no oculta,
pero alerta,
viendo cómo los jacintos cunden, ofreciendo votos,
sin reverberar colores,
por corolas melosas de la vanagloria,
sin fustigar al viento con lágrimas de sangre
ni el aroma general de su cabellera a vainilla perfecta.

En la cresta de un barranco de un verde indescrptible,
que alelaba con sus rocas imponentes,
perversas, disolutas,
revolví lo que le daba, y no supo,

con néctares de vulvas verdemar
y mandarinas apagadas
para arrojar los líquidos y sedimentos
de los frutos principales,
como una leche mineral que llevara entreverada,
todos los nacimientos suyos y los míos,
y como un río de sangre malta dio vida
inédita, con ello,
al substancial sudor de los paisajes,
las chicharras y los tilos.

Todo poder,
después de pasar al mundo de los descalabrados,
fue perdiendo sus senderos,
y el dador de la avena,
las resacas, los naranjos y el almizcle,
tejió mi mortaja con vástagos de olivo negro y cáñamo.

Los lienzos impregnados de pastoso aceite,
en vez de callarme, revistieron mi fortuna
y engrosaron los lingotes, y al sudario último
se sumaron aquellos brazaletes y diademas,
y la tolvanera empobrecida y vesperal de los caídos,
como una ola derramada en palos de arenosa lluvia,
como un oro vegetal que sin término le sigue,
o como esta otra música,
que parece los restos todavía encendidos de la guerra

—o entre polvaredas y pedruscos—,
el éxodo de un rebaño de ovejas y mendigos.

La sigo sin que me sospeche,
cuando, holgada en el señorío común
de no ser nadie, puesta a los señuelos, pasa de largo,
entre este colegio de cardenales sin capucha,
formalmente imbéciles, que solo, única
y estrictamente, se dedican a soslayar
los caseríos que prosperan y cunden
en el hervidero de estos suelos sin cielo,
como conejitos nocturnos y gatos salvajes.

Sea, pues, la refinería de los suplicios
cual ensanche sus batangas
de deshuesos y mollejas, pero a ella,
castabrava, no me la pringa nadie
con rompopes y otros trucos,
ni con puntas trinquetras en el dedo de pipián.

Cómplice de mí ahora el monte, cargo
el esqueleto corporal de su verdura escabullida
en la impregnación lacrimosa de asientos
viñeros y frutales.

Nazco cada día como una bestia que suda la legumbre
y abre brechas con métodos de escobas.

Voy al mar a recibir los siglos
junto a una muchacha enamorada de sarmientos
—que con las manos así, y los ojos apenas entornados,
como si recibiera ese alfilerazo de anís marrón,
pincha las evocaciones y el cansancio—,
a pedirle al sol y a los pelícanos del vino viertan aquí,
para morir definitivamente
en la bondad de aquella dueña,
un dedal con zumos de himnos, de melones y de limas.

Ahora dígola así, en deschavetada gloria
—cómo tarde a tarde, entre piedras mojadas,
maceteros, arañitas sin suerte,
las caguamas gritonas y esa chúcata sacra,
celebramos juntos que no sea para mí.

A esta mujer le supe, sin saber, la boca
como la sangre en un niño:
desconcertante hasta la urgencia, absoluta y tezuda,
como la secuencia desesperada de un grito sedado,
y aullando sin resistencia en el ladrado albedrío.

Me supe desclasado
o soñador vacío que en el ansia yerra,
y que todavía al fulgor de la farola,
la contentividad del odorífero almizclero,
la violenta parra y la jalea irreal

de prendas determinadas, se suma
esta embrutada y terrícola sustancia
que le clama a ruegos,
y rozo su cabello en penas, negro,
al rumbarme en sí al fugar con fuego,
que realza ya al quicio réprobo
cuando pide ponerse a la boca el verbaje mágico
y lamer el ombligo principal del universo.

Aunque me dejase llegar allí,
donde los minutos se suspenden
en chinchorros estelares
de suicidios y nupcias inmortales,
jamás podría sentar reales
ni siquiera en los más caros pecados del precio,
porque su pecho se ha vuelto el matiz de mi suerte,
sus fosforadas regiones mi religión,
y su lengua fidelísima mi cultura.

Tuercas, turnos, máquinas y aduanas
son sueños flojos que, sacrificado y lacio, desafío;
pero soñando desde ella, sé que dice
y dijo don Pablo Neruda
—no sé en cual *Estravagario*—
que *hay un sabor a sol salado*
y *sube en las aguas mortuorias*
olor a parto y pudridero.

Y mucho menos sé
dónde meterme en un final desde el principio,
pero ruedo real al ruedo
y, sollozando el esqueleto mío,
le beso el atajo de las lunas,
y despierto para nunca y para siempre en sí.

Macabronamente lelo, olvidado del memento
que hace fiel al día con derroches,
apedreado por calores perdularios,
intento distinguir, como ilustrado, que
a la dulcera y magnífica agonía
de abrevarle los aceites principales y primeros
debo el febril incendio de la catedral nocturna
que me hunde en sus mazmorras
y la impetuosa destemplanza
con que se sacude el mundo incensario de la Nueva Era
que me premia, reptil andariego,
bajo la falda trabajosa, la carne real,
donde me yergo como inefable prodigio
del desquicio, y el trapiche
que detona y desmenuza a la armónica camelia.

En la bóveda sentenciada a ser milagro
para los perdidos en el tiempo, y la envidia del tesoro
por ser tinte en el color del nenúfar o la rana,
por la miradora insolencia de la claridad desfallecida,

desando en andar perpetuo cada poro del fijo sentido
que da vuelo a las piernas
y a mi ayuno sagrada penitencia,
como deidad normal que en un trueno callado
me vuelvo del espacio pellejito voluntario
y me arrecia a la fragancia de su pelo líquido.

Contemplador de códigos caóticos
y una carne filosófica que sabe que no lo sabe,
y fuegos artificiales,
qué alegría de pulposos minerales
desangrándose en bocas sedientas, me supongo,
cuando tripula mi avaricia por sus lunares de sosiego,
que he aprendido en el aire de pared a pared,
como los sabores nocturnos al hambre,
igual que el tiroteo de figuras de la lumbre al fuego.

Mi vocación de avaro,
por esa brisa ilusoria de pensamientos y bacterias,
me ha enseñado los cauces del delito
al navegar a dientes la brecha de sus rieles, sus atlas,
y esas extensísimas minucias de cavernas,
puentes y cartilagos.

Cada día, cuando la tirria liberada en esa boya
que pende del cielo noche a noche en los cuarteles
y en la marea que marea a los serenos,

vuelvo a reinventarla, y la hago existir, inexistente,
en un cuerpo donde la sapiencia entigrecida
por el centenario vocerío que el desacuerdo aceita,
virgenmente, otra aterradora tormenta
de besos remolinos me arrastra
hasta los bordes mar afuera de su piel,
que son el principio de mi abismo sin consuelo,
y en el letal hastío centinela que bulle de la hoguera
a asirse obstinadamente en la cola de la tarde
no existe la templanza ni el rescate,
y los mástiles se mantienen
como mastines guardando sus banderas y el velamen.

En esas averías de trigos reanimados me las ando
y, aunque la bienaventuranza
inundada por el atropello de las explosiones
exponga su naufragio, guardo una lágrima azul buey,
brotada de mantos interiores
o reflejos secos en el hielo detenidos,
para un día, antes de vivir una tercera muerte,
colocársela con otra mano por los ojos míos
en la rada magra de los vuelvelocos senos.

Por ello, en las marejadas del doy, llorante,
febreroso y caído en la santa sonajera de la demencia,
entre música para cuadros y las más altas bajezas
que impone la deliciosísima delicia,

me salvan a pedazos cariñudos
sus atrapados calzones de mi corazón;
pero fustigado y arriado al vienero desconsuelo,
como nuevo forastero en la comuna marinera
(para mis trazas de amores interiores),
no sé si soy la verga o soy el barco.

A ALGUNOS LOS PIDO a gritos,
pero los pido porque, en el fondo,
conservo el alma helada:
cuando estos no están conmigo,
a mí la carne se me vuelve más fofa y más vieja,
porque esa pura imposibilidad de mirarles
—lo mismo que traspasar a esa iguana—
no me resulta sencillo.
En las ventanillas de los camiones,
cuando leo las pocas cosas que leo,
creo que se me irá a salir el corazón por los ojos,
porque en cada palabra, o cada verso,
que piden saberme desde los dientes a la mirada,
yo, ahí, lo único que deseo es cantar canciones mochas
y emborracharme con ellos.

Las pesadillas mías
tienen que ver con el concierto macabro
de las aguas chocolatosas,
y otra igual de horrible
que con las sombras comulga,
es la de padecer, en las ruinas del sueño,
que alguno de tantos
me borre de su destino, porque
en algún momento lo dije:
mi entraña es como la cal revuelta
entre la arena salada

o de un perro podrido
un desbandarse de moscas.

Pero aun siendo así
—y aun dándome cuenta
que muchos días de la semana
no he llorado y mentido—,
algunas noches, nada cristianas,
logro dormirme como un cachorro del diablo,
abrazado a un botellón de charanda,
y no me importa morir,
si a mis compañeros los quiero como los quiero,
ni que las almas envenenadas
y cortas se corten con cruentos cuernos.

SI HOY FUERA A MORIR a media calle
y no pudiera ver más a mis amigos
ni escuchar a Milanés, Serrat,
ni desear más multiplicar las bicicletas,
de serme posible, llamaría
—para tomarles por última vez las manos—
a Bethina, mi Chacha,
para que ella, si no tengo ya voz,
me disculpe ante todos
de este corazón cabrón que he sido;
al Negro, por supuesto,
porque, aun con todo y su práctica
e inteligencia de brocas y tornillos,
siempre supo regañarme;
a Luis, el Luisiing,
nada más para abrazarlo
y sin afán de competencia demostrarle
que por lo menos ese día, aunque callado,
nadie en el mundo podrá llorar de gratitud
y de vergüenza
mucho más que yo;
a Diana Navarro, esa equinoccia flaca,
para envolverle en hojas de cuaderno
mi juramento, de que aun muerto,
por los siglos y los siglos
que pudiera existir todavía el firmamento,
yo voy a estar a su lado

para aplaudirla de todo lo bueno, y apoyarle;
a la Guevaresa, mi amor sinfónico,
que siempre me llenó
de esperanzas sin heridas y de garras;
a los dos Carlos, el gigante y el enorme,
para que me den en sonoridad y boca recia
mi última tunda de nalgadas;
a Mario, mi querido Mario,
que de burro, lengua larga y soñador,
más de dos o cinco veces pudo apantallarme;
y entre muchos otros tantos,
a La Mona y al Che'f, que enfurruñados
seguramente no querrán dejar morirme. ¡Ah!,
si hoy fuera a morir a media calle
y no pudiera ver más a mis amigos,
donde quiera que me sorprenda la muerte,
voy a ganarle un segundo de vida
para decirles a todos: benditos,
benditos sean, y gracias, porque existen.

*A mi maestra última: Icha,
por inculcarme en la vista y los huesos
el color irreal de la vida sin vuelta,
moreno perjurio donde nacen las alas.*

DESDE EL ASOLEADO GÜIRO INSOMNE, develado
—solo como siempre y como nunca,
comiendo y llorando la sopa recalentada—,
observo cómo, sin tregua, me observa
la trabajosa enseñanza milenaria
del tremendo y terrible *tristionario*
que carbura mi vida
con la infecunda cerveza volada y las panochas.
Rindo a los remedos contentuales
el antifaz que me desdijo el llanterío
—como lo dice Alfonso—
cuando creí, con todas mis fuerzas,
que la ira me creía, y me saviaba los canutos,
y no me condenaba nadie a este sueño ciego y sordo
de, en puntos cítricos, llorar a hachazos
—como Oliverio, el Girondo—
sobre mí mismo, y ensimismado,
cual garabato o reborujo de septiembrés pirotécnicos,
y cabañuelas decoradas con venados muertos.

REALZAR A CRISPOS LOS NOMBRES mordiscados
del amor desatendido
se pretende de estas eras
activadas por las flores del frijol
y la sombrilla cana del cilantro;

bajar tu nombre general a la llanura
para regar los surcos de los ajos
sin llorar o, sí, llorar, pero contento;

lavar los chones, blusas, las pijamas,
y del tendedero descolgar oreadas
prendas de mi felicidad,
y besarte a ti por dentro, con la sonrisa
del sonriente libertado, y la mirada
inefable e infinita del eterno agradecido.

SI ANDO MURIENDO PRONTO, no he deseado
embrutecer la floresta con mi vida, que clarea
tanto en el vómito negro del suplicio
que raya en la demencia, como
en las maravillas retumbantes del frutal de luto;
y si enjuagada en sangre padece alguna línea
es porque conserva vida, y porque la tarde
y la mañana golpean lo mismo que la noche,
y esas retumbantes maravillas
que con la firma de mis labios,
en inconsolables humaredas de impaciencia,
la lengua avariciosa reinventa y recupera.

Y YA QUE EL TIEMPO reduzca sus bombillas
y maduren los saleros del sazón trigueño,
buscar a tientas las pócimas que el abandono ultraja,
limpiar con luz bendita los raspones de la saudade,
y a los orificios tenues de las primaveras decembrinas
acudir sin los remilgos de la pólvora apagada.
Echaremos llanto al pebetero
para hervirlo con el lujo esmaltado
de una nueva inocencia al rojor de los ladrillos,
y en las bandejas vespertinas
lavar con esas aguas templadas de toronja
las orejas de los burros, y apoltronados,
con los ojos abiertos, recuperar el olor de la pintura.

DE LA IMAGEN QUE GUARDE en ti,
graba, con vestigios del añico
que conozco, el sabor del cielo
y el vapor de los deslindes,
porque en tu lengua viví, como
vive en la oración el fraile y
en el árbol el durazno expuesto.

De la imagen que guarde en ti,
ponientado al oriente, madrugoso
y sin alternativa alguna, quiera
la más mínima bonanza errante
—infinita muchacha mía—
que no lluevan
remordimientos santiguados,
pirañas ni murciélagos.

De la imagen que guarde en ti,
llévame contigo
en cada niño que no llore,
para que el abracadabra abra
cada abrazo del auxilio, y me
renueves en cada colombo lloviznado
y cada día último de octubre.

Pero, como la artillería del olvido
no sufre de temblores ni cansancio,

llévame contigo,
de ganada o de perdida,
en los deberes de la noche,
para cuidar que no te tiren los perros la basura.

ENTRE EL ALMENDRO y el naranjo agrio de mi casa,
zumbando igual, por estos días,
el letargo femenino de tu nombre caído
me atravesó el olfato,
y confesé al guayacán y al palo verde
lo que nadie, ni tú, sabían:
declaré que alguna hora
—que por aquellos años pudieron ser
quizá tres, dos, o tal vez cuatro—,
cuando dormías profundamente noche,
lento, temeroso, asustado y feliz,
pegué, sin rozar siquiera, mi nariz a la tuya,
para respirar al universo
con el corazón hormado con que tú lo hacías,
y salí después al patio, regado y presuntuoso,
a besar el cielo, y cada uno de sus suelos,
tanto como este
donde ahora El Chamuco cegatón de Bárbara
juega con el planeta a los pasteles,
y Eros, pequeñito,
se reviste de un embarrado diluviano.

ÍNDICE

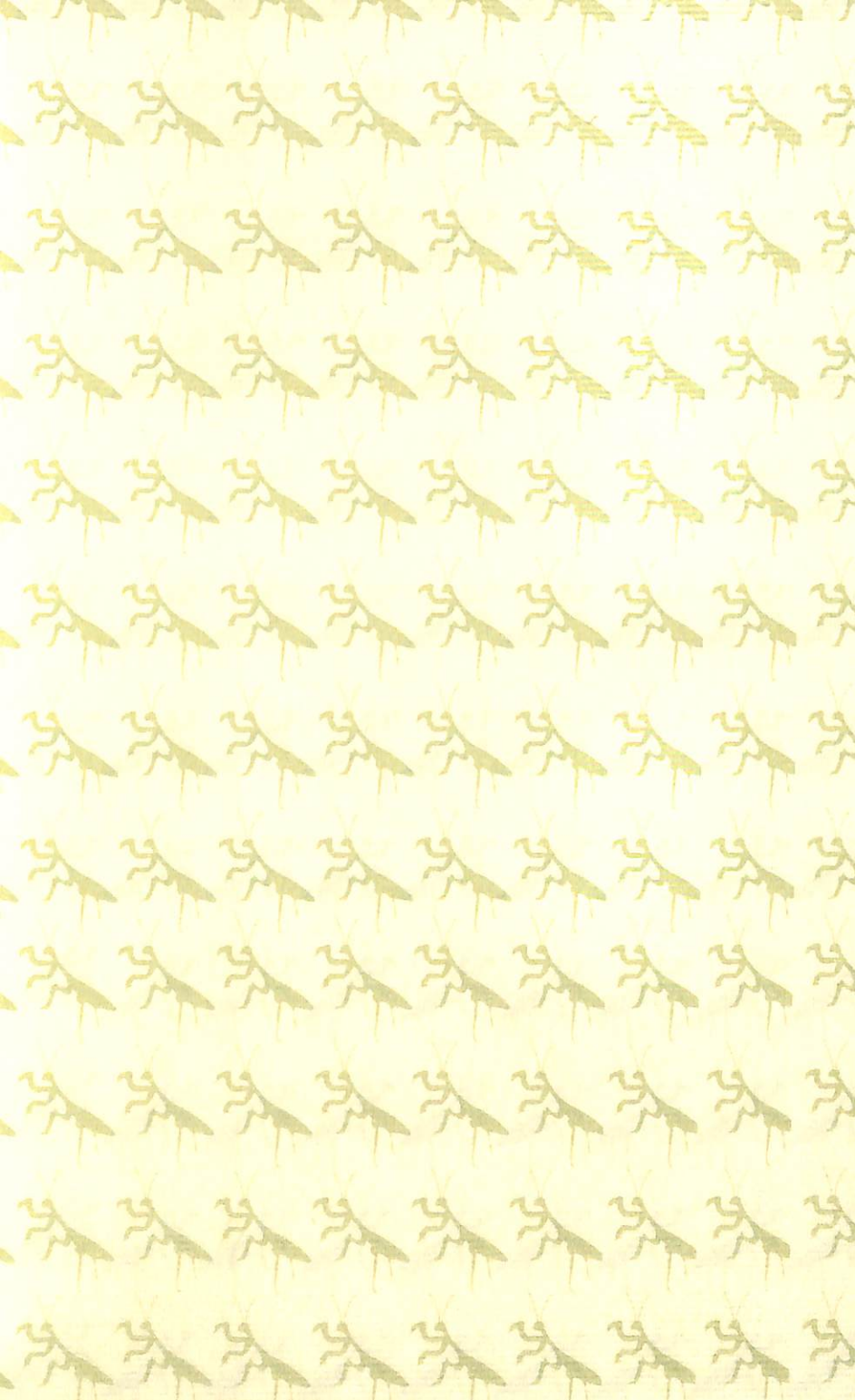
- Jorge Ochoa no se llama así, 7
A manera de prólogo y dedicatoria, 11
- En verdad*, 17
Sea que es aquí, 27
De un huerto exangüe, 35
Como la vocación gatuna, 36
Monichi, 39
Serte entero quiero, 81
Y si me engaño, 82
Qué sería de mis trastos, 83
Este día lo he llamado, 84
No soy sopro, 85
No habrá, eso es verdad, 86
Sea quien sea, 87
Por qué no dejaste, 89
Mientras encanece la huesera, 90
Entonces, como maña derredora, 91
Latente temporalidad humectada, 92
A trasluz de los regresos, 93
La música, no debe negarse, 94
Poco sé de entendimientos, 95
Nos conocimos quizás, 96
La tarea desarmante, rosácea, adjetival, 98
Vengo a nacer, 99
Antes de enredarme, 100
Cuando los arroyos de arena, 101
Como punta finísima de lengua, 102
En edad de adolecer, 103
Y sin el titubeo, 104
Hacía largos años he deseado, 105
Entonces, cuando los años pacen, 106

Entremetido en tus huestes musicales, 107
Venido del agua, 109
Tío ya, estudiante, 110
Juevesmente apetitado y berraco, 111
Violentas han de ser, 112
Sembrando un mango, 113
En los riscos y divisaderos, 115
Y si nada me es, 116
Peces de plata pasean, 117
Sé que alguna vez, 118
Con todo y esas melgas, 119
A algunos los pido, 140
Si hoy fuera a morir, 142
Desde el asoleado güiro insomne, 144
Realzar a crispos los nombres, 145
Si ando muriendo pronto, 146
Y ya que el tiempo, 147
De la imagen que guarde, 148
Entre el almendro, 150

Arte profética
de Jorge Ochoa
fue impreso en octubre de 2012
en los talleres de TySP
La Paz 2077, sector Juárez
Guadalajara, Jalisco.
Tiraje: 1000 ejemplares.
Cuidaron la edición:
Luis Armenta Malpica, Elías Carlo
y el autor.



www.mantiseditores.com
mantiseditores@gmail.com





Colección Terredades



H. AYUNTAMIENTO
DE HERMOSILLO
2012-2015

HERMOSILLO
Tu gobierno ciudadano



9 786077 943525